

EL PLANETA DE «NO VOLVERAS»

Adam Surray

CIENCIA FICCION

EL PLANETA DE NO VOLVERAS

Título Original: *El Planeta de «No Volverás»*

Colección: La Conquista Del Espacio 686
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.71

CAPÍTULO I

La veloz cabina esférica finalizó su recorrido deteniéndose y abriendo la compuerta.

Salió el individuo.

Un hombre joven. Alto. Delgado. Rostro de facciones bien formadas. Cabello oscuro y abundante, ensortijado tras la nuca y con rebeldes mechones asomando sobre la frente. Ojos grises. Boca de finos labios que parecía dibujar una sempiterna sonrisa.

Vestía una ajustada camisa plateada, pantalón negro con botas acopladas y un ancho cinturón con cartucheras porta-objetos.

El individuo se detuvo frente a una mesa semicircular de vidrio. Tras ella se encontraba un hombre de rapada cabeza. Este pulsó un botón del panel situado en la mesa. Una placa brillante del piso se deslizó, alzando un asiento surgido del recuadro.

—Tome asiento, UEPA-003 — 4732-VB. Llega con dos minutos de retraso. Una vez más. Como todos los días.

—Lo lamento, SAM-113 — 767-VB.

—SAM-113 — 677-VB.

—¿Cómo dice?

El individuo de la cabeza rapada resopló ruidosamente.

—Soy SAM-113 — 677-VB. ¡No SAM-113 — 767-VB!

—¿De veras? Juraría que los tres números finales formaban un capicúa. Le ruego acepte mis disculpas.

—Me consta que su memoria es perfecta, UEPA-003 — 4732-VB. Todas sus condiciones físicas perfectas. No obstante puedo sugerir que sea internado durante una temporada en un centro de rehabilitación estatal. Puede que después de la sesión… terapéutica no olvide el nombre de un superior.

—He estado en todos los… centros de rehabilitación. Se puede decir que los conozco todos. Ya no me asustan.

SAM-113 — 677-VB empequeñeció los ojos.

Contemplando la cínica sonrisa reflejada en el rostro de UEPA-003 — 47 32-VB.

—Hoy es nuestra última entrevista, UEPA-003 — 4732-VB. Afortunadamente para mí, voy a perderle de vista. Y añadiré algo más: dudo que vuelva a verle jamás.

—¿Está enfermo, SAM-113 — 677-VB?

El hombre de la cabeza rapada enrojeció. Sus manos se crisparon sobre la mesa. Un leve sonido y el iluminar de uno de los pilotos del panel parecieron interrumpir su irritación. Alargó la diestra para accionar la palanca correspondiente.

—¿Sí?

Una voz respondió por el videófono.

—Torre de control Bloque NY-22. Vuelo dispuesto para partir a la hora programada. Esperando segundo pasajero.

—Enterado.

SAM-113 — 677-VB volvió a accionar la palanca.

En sus ojos todavía latente un destello de ira. Se mantuvo al posar la mirada en UEPA-003 — 4732-VB.

—Bien. Ha llegado la hora de la despedida, UEPA-003 — 4732-VB. Se puede decir que su misión comienza ahora.

—¿Mi misión? Temo que hay un ligero error, señor. Yo he sido expulsado de la Unidad Espacial. En mis dos facetas. Como piloto y como astronauta explorador. Ya no estoy en servicio activo.

—Usted es UEPA-003 — 4732-VB, ¿no?

—Correcto.

—Eso significa que sigue vinculado a la Unidad Espacial —sonrió el individuo de cabeza rapada—. Su codificación le ha permitido continuar recibiendo los correspondientes honorarios estatales. Poco importa su expulsión de la Unidad Espacial. Sigue bajo disciplina militar. Esa disciplina que usted burla y olvida cumplir. Ha sido designado para una misión, UEPA-003 — 4732-VB. Ahora mismo, dentro de breves minutos emprenderá el vuelo hacia una de las bases de la Unidad Espacial en California. Concretamente a la base del aeropuerto espacial de Baker. Allí será informado más ampliamente. Y allí puede negarse a cumplir su misión.

UEPA-003 — 4732-VB se incorporó.

Instantes antes de ver el iniciado ademán de SAM-113 — 677-VB de pulsar el resorte que ocultaba el asiento.

En efecto.

La ondulante silla desapareció ajustándose al recuadro del que había salido. La placa del piso se cerró de nuevo.

UEPA-003 — 4732-VB acudió hacia el emplazamiento de la cabina esférica. Continuaba allí. Con la compuerta abierta. Se introdujo en la cabina. Sin volver la mirada. Sin dignarse a despedirse de su superior.

La cabina se cerró iniciando su recorrido.

Por un dédalo de túneles horizontales, ascendentes y descendentes. En una trayectoria sin duda ya programada por SAM-113 — 667-VB desde el panel-control de su mesa.

UEPA-003 — 4732-VB llevó su diestra a una de las cartucheras del cinturón.

Encendió un cigarrillo.

Haciendo caso omiso a la severa orden de prohibición. No sólo en la cabina esférica, sino en todo el bloque.

Casi un minuto de recorrido.

A vertiginosa velocidad.

La cabina llegó a una de las bocas de salida del bloque. Allí se había emplazado una plataforma deslizante. Uniendo la boca de salida con la entrada al avión.

Les grises ojos de UEPA-003 — 4732-VB se posaron en el aparato.

Mientras avanzaba hacia él por el pasillo móvil.

Un Wook-Jet Mach-3. Con una capacidad máxima de veinte pasajeros, incluida la tripulación. Como todos los modelos Mach-3, carentes de ventanillas; aunque con receptores de televisión individuales para contemplar el fugaz y veloz paso entre las nubes. El diseño del Wook-Jet Mach-3, semejándole a un murciélago, era de flujo laminar.

El pasillo deslizante condujo a UEPA-003 — 4732-VB hasta la puerta del avión. Allí fue recibido por un uniformado individuo que le saludó militarmente.

—Bien venido a bordo, señor. Soy UAPT-7629 — 4329-VB, comandante de vuelo. Dentro de cinco minutos iniciaremos la salida.

UEPA-003 — 4732-VB se limitó a corresponder con una sonrisa.

Sin molestarse en el saludo militar.

El comandante del Wook-Jet imaginaba estar sin duda frente a un

alto funcionario del gobierno. Los Wook-Jet Mach-3 se utilizaban para eso. Para el desplazamiento de personalidades.

El compartimiento de pasajeros estaba dividido en dos secciones.

El comandante de vuelo abrió la puerta de acceso para seguidamente, y después de volver a saludar militarmente, retirarse hacia la cabina de mando.

UEPA-003 — 4732-VB quedó unos instantes inmóvil bajo el umbral de entrada.

El compartimiento de pasajeros era de forma casi cuadrada. Con confortable sofá a derecha e izquierda. En el centro una mesa con aparato de vídeo-audio de doble pantalla y mueble-bar acoplado. Casi todo el mobiliario modular.

Lo que llamó la atención de UEPA-003 — 4732-VB, lo que le hizo detenerse bajo el umbral y parpadear repetidamente, fue la presencia de la mujer.

Una mujer joven. De seductora belleza. Un rostro de perfecto óvalo coronado por largos y sedosos cabellos negros. Ojos color de ágata. Pómulos algo salientes, deliciosamente gatunos. La nariz respingona. La boca muy carnosa, de labios gordezuelos.

Lucía un chaleco de fibra de encaje elástico cerrado con botones dorados. Presionando los senos femeninos. Modelándolos como una segunda piel. Corta falda y botas hasta la mitad de los muslos complementaban la vestimenta de la muchacha.

La mujer permanecía acomodada en el sofá de la derecha. Con una copa de brandy en la zurda. Había acoplado al vídeo-audio un cartucho de telejuego. Su mano derecha tecleaba en el mando control.

La presencia de UEPA-003 — 4732-VB hizo quedar inmóvil a la muchacha.

Soltó el mando-control.

Enfrentando su mirada a la del recién llegado. Sólo que UEPA-003 — 4732-VB bajó los ojos para recorrer el cuerpo femenino. Desde las finas botas hasta la raíz de los cabellos. Deteniéndose más de lo correcto en los esbeltos muslos, en la cintura de odalisca, en los senos presionados bajo la tela, en los carnosos labios turbadoramente húmedos…

Una intensa e insolente mirada que casi hizo enrojecer a la muchacha.

—Hola —saludó UEPA-003 — 4732-VB, reaccionando y adentrándose en la reducida sala—. ¿Quién eres?

—Soy UEAB-014 – 2371-HB.

—¡Al diablo con eso! —exclamó UEPA-003 – 4732-VB, acomodándose junto a la joven—. Tu nombre originario.

—Está terminantemente prohibido el…

—Tonterías. Yo soy UEPA-003 – 4732-VB, pero olvidemos esas malditas siglas estatales. Mi nombre es Randy Boothe, ciudadano de un infierno llamado Nueva York.

La joven sonrió.

—Yo soy Janis Pryce. También de Nueva York.

—No me resultan familiares tus siglas de codificación. ¿Cuánto tiempo llevas en Unidad Espacial?

—Tres años. Únicamente he realizado dos salidas al espacio. Cuando la instalación de Base Lunar-7 y en último vuelo a Venus. Mi trabajo es más bien de laboratorio. Soy doctora de exobiología y astronauta. Actualmente estoy separada de todo servicio. He… he sido expulsada de la Unidad Espacial.

Randy Boothe rio divertido.

—También yo. Y no me avergüenzo de ello, Janis. Todo lo contrario. Es un honor dejar de trabajar para ellos. ¿Por qué fue lo tuyo?

—Negarme a colaborar en un proyecto. Un proyecto que significaba muerte y destrucción en el planeta Marte.

—¿Más todavía? —la sonrisa de Randy Boothe se hizo irónica. Sarcástica—. Lo poco que hemos encontrado allí aprovechable ya lo tenemos más que pisoteado. Rusos y americanos. Hemos conquistado nuestra ridícula parcela espacial. Nuestro sistema solar. Y hemos encontrado planetas desolados y de difícil adaptación. El planeta Tierra languidece por la ambición de sus gobernantes. Los recursos encontrados en Venus y Marte no son del todo adecuados. Se han instalado allí bases, al igual que en la Luna, pero jamás será un segundo hogar. Nos tenemos merecido el estercolero llamado Tierra. Los tiranos que nos gobiernan nos han condenado a ello. Poco les importa la muerte y destrucción. En la Tierra, en la Luna, en Marte… ¡Malditos sean!

—Creo comprender las causas que motivaron tu expulsión de Unidad Espacial, Randy. Incitación a la rebelión. ¿Me equivoco?

Boothe volvió a reír.

—No soy tan iluso, Janis. Todos esos grupos revolucionarios y guerrilleros… los Liberadores, los Iluminados, Grupo Rebelión Mundial… Todos ellos defensores de la paz, la libertad, los derechos

humanos… Todo es falso, Janis. Todo un embuste. Esos grupos encierran en su interior deseos de gobernar. Y alcanzado el poder, ellos también serían tiranos, También ellos convertirían la Tierra en el gran estercolero del Universo.

Janis Pryce quedó en silencio.

El Wook-Jet Mach-3 ya había iniciado el despegue.

Silenciosamente.

Majestuoso.

Como un gigantesco pájaro de alas metálicas. Alas cuyos extremos se doblaban hacia abajo para disminuir la resistencia del aire. Dos pequeñas aletas delanteras son las encargadas del control. Un vertiginoso Mach-3. Triple velocidad a la del sonido. En menos de una hora salvarían la distancia existente entre Nueva York y el cosmódromo Baker de California.

—Randy…

Boothe se estaba sirviendo un vaso de whisky.

Desvió la mirada hacia la muchacha.

—¿Sí?

—¿Tienes idea de la misión que nos va a ser encomendada? Tu destino es también el aeropuerto espacial de Baker, ¿verdad?

—Ajá. Y no tengo idea alguna, Janis. Me han dedicado una semana a ejercicios y pruebas físicas. En los últimos días sometido a un simulador espacial. Como si fuera a emprender un viaje. He pasado por todas esas pruebas en anteriores ocasiones. Ya son rutinarias.

—También yo he sido sometida a todo eso… e inyectada.

Randy Boothe asintió.

Sonriente.

—Entra en el tratamiento. Un compuesto vitamínico especial. Siempre lo mismo. El Benthols-HH. He sido inyectado durante los últimos cinco días. Cinco o seis. Ya no recuerdo.

—No era Benthols-HH.

—¿Qué quieres decir?

Una tenue palidez se había apoderado de las facciones de Janis. Su voz se hizo más débil. Apenas audible.

—Logré apoderarme de una de las ampollas de la caja. Tenía alguna sospecha. Después de ser inyectada sufría pequeños mareos. Y eso jamás me había ocurrido anteriormente cuando fui tratada con el Benthols-HH. De ahí que tomara una de las ampollas para analizarla. Mis

sospechas resultaron ciertas. No era Benthols-HH. Se trataba de un extraño compuesto formado esencialmente por elevadas dosis de Cokhesymil.

Boothe arqueó las cejas.

—¿Cokheasymil? No me resulta familiar…

—Yo sí lo conozco, Randy. Es un descubrimiento reciente. Se utiliza para un nuevo proceso de hibernación. Vamos a ser hibernados, Randy.

CAPÍTULO II

El cosmódromo de Baker se emplazaba sobre una grandiosa extensión de terreno. Una auténtica ciudad. Con todos los servicios y comodidades de una gran ciudad, aunque con sus habitantes sometidos a una severa disciplina.

Diferentes bloques componían el aeropuerto espacial de Baker. Centro de Servicio, Centro de Recreo, Centro de Lanzamiento, Centro de Montaje… Cada uno de los bloques, dada su extraordinaria envergadura, dividido en diferentes secciones.

El Centro de Montaje se alzaba formando un ciclópeo complejo capaz de albergar y pertrechar a más de diez vehículos espaciales. La plataforma transportadora de cohetes, desde el Centro de Montaje el de Lanzamiento, con una capacidad de tara superior a las tres mil toneladas.

En el Centro de Control, un edificio-torre donde se situaba el puesto de mando, se dominaban infinidad de salas repletas de complicados instrumentos y equipos electrónicos destinados a enlazar con el Centro de Lanzamiento para programar el despegue del cohete.

El Wook-Jet Mach-3 procedente de Nueva York tomó tierra en una zona subterránea del cosmódromo de Baker. Fue como si hubiera sido engullido en las entrañas de la tierra.

Randy Boothe y Janis Pryce cambiaron de vehículo.

Fueron introducidos en un cohete biplaza. Ya estaba programado el *computer* de desplazamiento. El vehículo inició su recorrido a gran velocidad. Por un enmarañado laberinto de túneles. Aquellas autopistas subterráneas eran las más indicadas para recorrer con rapidez las grandes distancias existentes entre los diferentes bloques del cosmódromo. Una especie de *subway*.

Todo el aeropuerto espacial Baker, todas sus dependencias, estaban

bajo la protección de un cuerpo especial de seguridad. Policías militares con un satinado uniforme negro, yelmo y sofisticado equipo de armamento para combatir cualquier tipo de emergencia.

Fueron dos de aquellos policías de seguridad los que esperaban la llegada del autocohete. Y uno de los agentes se encargó de conducir a Boothe y Janis hasta el tubo-elevador. Sin dirigirles una sola palabra. Tampoco Randy Boothe y Janis formularon pregunta alguna. Conscientes de que aquellos policías de nada podían informarles. Se limitaban a cumplir órdenes.

El tubo-elevador entró en funcionamiento.

Randy Boothe encendió un cigarrillo.

—No puedes fumar aquí, Randy.

—¿Por qué no? —sonrió Boothe, exhalando una bocanada de azulado humo—. ¿Por temor al castigo?

Janis parpadeó.

Y los gordezuelos labios femeninos terminaron por corresponder a la sonrisa de Boothe.

—Tienes razón. Dame un cigarrillo, Randy.

El tubo-elevador abrió la compuerta antes de que Boothe ofreciera el cigarrillo a la muchacha

Una mujer les esperaba frente a la cabina

Lucía un uniforme formado por chaquetilla y pantalón en color gris niebla. Con un distintivo colgando del cuello. Un disco codificado.

—Bien venidos a Baker —saludó la mujer con voz impersonal—. Yo soy CBA-854 – 6354-HB. Una de las azafatas del Bloque Azul, dentro del Centro de Recreo. Seguidme y os mostraré vuestros respectivos compartimientos.

El denominado Bloque Azul era como un gigantesco hangar dividido en secciones. Cada una de ellas independiente. Formando amplios apartamentos. Randy Boothe y Janis se encontraban en una de aquellas secciones. Fueron conducidos a sus habitaciones. Contiguas. Separadas por tabique móvil.

—En la mesa de noche encontraréis el microordenador doméstico —informó la azafata—. Con él solucionaréis todos los problemas y peticiones. Para comunicar conmigo es la tecla «S». Si vuestro deseo es pasear por el compartimiento no olvidar el distintivo. Está también sobre la mesa de noche. Esta es sólo una sala de las muchas existentes en el Bloque Azul. No se puede pasar a otras secciones. Las puertas de acceso están cerradas. Los tubo-elevadores ya programados. No

obedecen órdenes ajenas al programa ¿Alguna pregunta?

Janis se adelantó unos pasos.

—Por favor, ¿qué hacemos aquí? ¿Qué piensan hacer con nosotros?

El rostro de la azafata era inexpresivo. Pálido. Como una máscara de cera. Pareció no oír la angustiosa pregunta formulada por Janis. No respondió a ella. Giró sobre sus talones alejándose por el largo corredor.

Randy Boothe chasqueó la lengua.

—Eres una ingenua, Janis. Nuestra amable y simpática CBA-854 – 6354-HB es una vulgar azafata. No podía responder a tu pregunta. Ni aun conociendo la respuesta.

—Estoy… estoy asustada…

—Olvida tu fantástica hipótesis de hibernación.

—No es una hipótesis, Randy. Me consta que…

—Olvídalo —reiteró Randy Boothe—. ¿Qué te parece si echamos un vistazo por aquí? Puede que nos encontremos en el paraíso.

Janis esbozó una leve sonrisa.

—De acuerdo. Dame unos minutos. El tiempo de ducharme y cambiar de ropa.

—Yo haré otro tanto.

Randy Boothe pasó a la habitación señalada por la azafata.

Un exacto duplicado de la estancia ocupada por Janis. El mobiliario formando una unidad con las paredes. Iluminación por electroluminiscencia. Paneles de vidrio electrificado para mantener una perfecta temperatura ambiental.

Boothe tecleó el microordenador para hacer subir el armario abatible.

Allí encontró un buen surtido de ropa. A su medida. Incluso parecía haber sido seleccionada conforme a su gusto personal.

Pasó al cuarto de baño.

Durante largos minutos permaneció bajo la ducha.

Agua fría. Una estimulante ducha fría. No utilizó el secador automático, sino que alargó su diestra hacia la toalla. Pasó fugazmente la tela por el rostro, para seguidamente ajustarla a la cintura.

Se situó frente al longitudinal espejo.

Procedió a peinarse mientras silbaba.

Randy Boothe no experimentaba temor alguno por encontrarse allí. Ni tan siquiera por la posibilidad de hibernación apuntada por Janis.

No.

Boothe había dejado de tener miedo hacía ya mucho tiempo. La muerte no le importaba. Más que castigo podía llegar a ser una liberación. Estaba asqueado de todos y de todo. De ahí su inconformismo, su rebeldía, su indisciplina… Todo ello provocó los correspondientes castigos y represalias por parte de la Administración. Y ahora estaba allí. Ignorando lo que pretendían de él. Sólo que tarde o temprano tenía que ocurrir.

Randy Boothe no se sorprendió cuando los agentes de alta seguridad se presentaron en su domicilio ordenándole que les acompañara. Sin permitirle retirar nada de sus pertenencias. Ni despedirse o comunicar con alguien. Fue conducido a uno de los bloques de entrenamiento de Unidad Espacial en Nueva York. Y allí sometido a diferentes pruebas.

Ahora en el cosmódromo de Baker.

¿Qué significaba todo aquello?

Randy Boothe había estado anteriormente en el aeropuerto espacial de Baker. Pilotando planeadores y formando parte de la tripulación de vuelos a Marte. Su presencia en Baker, el principal cosmódromo de Estados Unidos, siempre era antesala a un vuelo espacial.

¿También ahora?

¿Estaba allí para un nuevo viaje al espacio?

Aquellos interrogantes no inquietaban a Boothe. Había sido expulsado de Unidad Espacial. Catalogado como «elemento peligroso». Ya no podía esperar nada bueno del Gobierno. Todo lo contrario. Tal vez su destino fueran las minas arenosas de Venus.

El esbozo de una sonrisa se reflejó en el rostro de Boothe.

Para enviarle a las minas de Venus no era necesario tanto protocolo. Regularmente partía un avión-cohete con destino a Venus. Asesinos, saboteadores, rebeldes del sistema establecido, terroristas… Todos ellos eran introducidos en el avión-cohete para cumplir sus condenas en las terroríficas minas arenosas de Venus. EE.UU. y URSS, sospechosamente unidos en la conquista del espacio y aniquilándose sin piedad en la Tierra. Proporcionaban conjuntamente mano de obra a las minas de Venus: el avión-cohete con condenados rusos y americanos. Todo un símbolo de confraternidad.

Randy Boothe abandonó el cuarto de baño.

Acudió hacia el lecho para retirar la ropa que había seleccionado.

Se detuvo a mitad de recorrido.

Contemplando con estupor a la mujer que se reclinaba voluptuosamente sobre el circular lecho. Bella como una diosa. De unos

veinte años de edad. Luciendo un conjunto de dos piezas. Chaleco abierto y short. En tejido acharolado. Botas elásticas ajustadas a las piernas.

Randy Boothe sacudió la cabeza.

Como si temiera estar soñando

—¿Ya es Navidad? No recuerdo haber pedido una cosa como tú a Papá Noel.

La muchacha dejó escapar los cascabeles de su garganta en alegre risa.

—Te equivocas. No soy un regalo de Navidad.

Boothe se aproximó al lecho.

Sus grises ojos se posaron sobre el cuerpo femenino. Intensamente. Con deliberada insolencia.

—Me lo temía. Siempre he sido un niño malo. Jamás me dejaron nada para Navidad.

El abierto chaleco de la joven mostraba a ráfagas sus desnudos senos. Erectos. Turgentes. Con ancha y rosada aureola cercando el saliente pezón. Un turbador espectáculo que hizo brillar lascivamente los ojos de Boothe.

—Ciertamente pareces un niño malo —rio de nuevo la muchacha—. ¿Cuál es tu nombre? El originario. Odio las siglas.

—Randy Boothe. Tú eres rusa, ¿verdad?

—En efecto. Sospecho que debo perfeccionar aún más mi inglés. ¡Y pensar que creí poder pasar por una dama londinense!

—Sí, es perfecto, pero yo he realizado muchos vuelos con compañeros tuyos. He permanecido en contacto días y días con astronautas rusos. Me resulta sencillo adivinar el acento de las estepas rusas.

—Mi nombre es Tania Paulov. Astronauta, aunque mi especialidad es la lectura de los ordenadores de abordo y traducción de las sondas espaciales.

Boothe dirigió una inquisitiva mirada a la muchacha.

—¿Qué haces aquí, Tania? ¿Algún vuelo conjunto con los americanos?

La joven se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Durante las últimas semanas he sido sometida a intenso entrenamiento en una base rusa. Luego, cuando esperaba ser castigada, me trasladan a los bellos y paradisíacos Estados Unidos.

Randy Boothe sonrió.

Captando el marcado sarcasmo de la muchacha.

—¿Por qué temías ser castigada?

—¿Temor? ¡Oh, no!… Era algo más que un temor, Randy. Fue una sentencia. Estaba condenada a muerte por el gobierno de la URSS.

Randy Boothe terminó de vestirse.

Salió del contiguo cuarto de baño enfrentándose con la burlona mirada de Tania Paulov.

—Un hombre tímido, ¿eh, Randy? No te has atrevido a vestirte en mi presencia. ¿O tal vez eres un caballero? ¿Qué eres realmente?

Boothe acudió junto a la muchacha.

Se sentó al borde del lecho para seguidamente tender sus manos hacia Tania. La atrajo contra sí besándola en la boca. Apoderándose ávidamente de los gordezuelos labios femeninos, mientras que su diestra entraba en contacto con los turgentes senos. Cuando la mano derecha de Boothe se deslizó en audaz caricia, fue rechazado.

Tania saltó del lecho.

Respirando entrecortadamente.

—Bien, ya he salido de dudas. Ni tímido ni caballero. ¿Vamos a beber algo? Disponemos de un magnífico salón con todas las comodidades. Tú acabas de llegar, ¿verdad?

—Sí.

—Nosotros llegamos ayer.

—¿Nosotros?

La muchacha se colgó del brazo derecho de Boothe encaminándose hacia la puerta de salida.

—Me acompaña otro astronauta ruso: Sergio Kropotkin. Un gran luchador. Un defensor del pueblo tiranizado. También está condenado a muerte por sus actividades terroristas. Esa es también mi culpa, Randy. Pertenezco a una organización clandestina que lucha por la libertad del pueblo ruso.

—Es curioso…

—¿El qué?

—Tampoco yo estoy solo. Otra astronauta. Somos cuatro, Tania. Dos parejas. Estamos en un mismo compartimiento del denominado Bloque Azul. Los cuatro somos basura para nuestros respectivos gobiernos. Mi compañera, Janis Pryce, acusada de traición por negarse a secundar un plan de destrucción. Y yo apartado de todo servicio y expulsado de

Unidad Espacial por indisciplina reiterada e incitación a la rebelión.

—¿Quieres decir…? ¿Insinúas que los cuatro vamos a tener un mismo destino?

—Eso me temo. Un destino peligroso, Tania. Una misión conjunta de rusos y americanos. Una misión peligrosa para sus componentes. De ahí que hayan decidido por seleccionar a cuatro elementos irrecuperables socialmente. De seguro se trata de algo importante que requiere tripulación altamente cualificada. Somos los elegidos, Tania. Los más adecuados… para morir.

CAPÍTULO III

Sergio Kropotkin rio en estridente carcajada.

—Os voy a decir algo, amigos. Me gustaría que nuestras sospechas resultaran ciertas. Que en realidad nos destinaran a un viaje espacial. ¡Todo mejor que seguir aquí!

—Olvidas algo, Sergio —sonrió Tania—. Tu condena a trabajos forzados en las ciudades subterráneas de Siberia. Condenado hasta morir. Llevabas ya unos cinco meses, ¿no? Es lógico tu deseo de no regresar allí.

Sergio Kropotkin volvió a reír.

Era un individuo de unos treinta y cinco años de edad. Fuerte complexión. Atlético. De rostro alargado y nariz ancha. Abundante cabello leonino.

—Muy cierto, Tania; lo reconozco. Aunque también sabes que soy astronauta. Mi sueño sería deambular siempre por el espacio.

—Tal vez sea ése nuestro destino —musitó Janis Pryce.

La voz femenina, sombría y pesimista, hizo arquear las pobladas cejas de Sergio Kropotkin. Contempló alternativamente a Randy Boothe y Janis.

—¿Ocurre algo?

Randy Boothe estaba tecleando en el robot-bar. Respondió antes de que la bandeja expulsora le sirviera el combinado programado.

—Janis sospecha que vamos a ser hibernados.

—¿Hibernados?

—Eso he dicho —asintió Boothe—. Tanto Janis como yo hemos sido tratados últimamente con Cokhesymil. Un compuesto que se utiliza en un nuevo método de hibernación ideado por el profesor ICA435 – 1952-VB.

Sergio Kropotkin y Tania Paulov intercambiaron una mirada.

La muchacha no hizo comentario alguno, pero sí brotó de Kropotkin. Encogiéndose de hombros y volviendo a reír en desaforada carcajada.

—¡Hibernados! ¿Acaso importa eso? ¡Maldita sea! Desconozco lo que ocurre aquí, en vuestro paraíso americano, pero en la URSS estamos tiranizados. El pueblo oprimido va a ser destinado a las ciudades subterráneas de Siberia. ¡Como si fueran ratas! El pueblo con hambre y miseria, mientras que los poderosos siguen rodeados de placeres y juegan a la guerra con la vida de sus súbditos.

—Eso mismo ocurre aquí, Sergio —dijo Boothe, retirando el combinado del robot-bar—. El juego de la guerra es un buen negocio para las dos grandes superpotencias. Extienden sus tentáculos por todo el planeta adueñándose de pequeñas naciones para… protegerlas.

Sergio Kropotkin se incorporó paseando nervioso por el salón.

—Juego de la guerra… ¡Son ya demasiados juegos! Ya en el pasado siglo anunciaban que la Tierra se estaba convirtiendo en un gran estercolero. ¡Y ellos siguen jugando! Con nuestro planeta… y con nosotros mismos. Me refiero ahora a las manipulaciones genéticas. Un juego inventado por los científicos de nuestros respectivos gobiernos. Una vez más en competición.

—En Estados Unidos se han interrumpido esos espeluznantes experimentos, Sergio —dijo Janis—. Ya no están autorizados.

—¿De veras? Adivino la causa. El plan es poner en funcionamiento técnicas capaces de producir en masa seres humanos superiores. Los científicos… jugando con células híbridas de hombres-animales, la inseminación artificial, la transferencia de embriones, la mezcla de cromosomas de diferentes especies… Los resultados han asustado momentáneamente a los científicos americanos, pero volverán a la carga. No lo dudes. Seguirán investigando. Máxime cuando los servicios de inteligencia informen de los avances logrados en la URSS.

Sergio Kropotkin hizo una pausa.

Sacudió la cabeza.

Su prolongado mutismo hizo intervenir a Tania.

—Los científicos rusos quieren fabricar superhombres, pero también interesa la fabricación en serie de subhombres. Estos serían destinados a los más duros trabajos. Como si fueran esclavos. Mano de obra barata y de fácil fabricación. Yo he volado uno de esos terroríficos laboratorios. No consiguieron pruebas contra mí, pero les consta mi vinculación a grupos terroristas de libertad. Grupos que luchan con sabotajes y

atentados a instalaciones estatales. De ahí que, al igual que mi compañero Sergio, ya no espere más que una muerte lenta y cruel. El habernos desplazado a Estados Unidos fue una gran sorpresa.

—¡Seguro! —rio Sergio Kropotkin—. Es la segunda vez que visito el cosmódromo Baker. Formé parte de la expedición ruso-americana en el primer vuelo tripulado a Venus. Fue un gran honor. En aquel entonces todavía gozaba de la confianza de mis superiores.

Janis movió nerviosamente la cabeza.

Esbozando una forzada sonrisa en su rostro.

—Los cuatro tenemos cuentas pendientes. Y vamos a pagar por ello. De eso no hay duda. Nos han seleccionado por nuestros antecedentes. Para una misión suicida. Un viaje… sin retorno.

Sergio Kropotkin se aproximó al robot-bar.

Propinó un violento patadón al panel de solicitudes. Se encendieron varias luces y el robot procedió a emitir zumbantes sonidos, para instantes después mostrar la bandeja expulsora junto con un recipiente de aluminio.

Kropotkin tomó el vaso trípode.

Se atizó un largo trago.

Chasqueó la lengua.

—¡Infiernos! ¡Es bueno! Te aconsejo el método, Randy. Nada de programar el combinado de bebidas. Una buena patada y los circuitos se vuelven locos mezclando bebidas. El único inconveniente es no poder volver a saborearlo otra vez. Cada patada es un combinado diferente.

Todos rieron alegremente.

Se encontraban en uno de los salones del compartimiento. Dotado de televisión mural tridimensional, videoteca, telejuegos, mural de alimentación automática, eroexcitantes…

Llevaban horas allí reunidos.

Ni tan siquiera las azafatas se hicieron visibles.

—Yo vuelvo a tener hambre —dijo Sergio Kropotkin, aproximándose al mural de alimentación—. En mi encierro subterráneo de Siberia nos tenían acostumbrados a cenar muy temprano. ¡Y por supuesto no disponía de tan variado surtido donde elegir!

—Te recomiendo el preparado de la casilla cuarenta y dos —sonrió Janis, ya más relajada—. Fue lo que tomé en el almuerzo y es delicioso. Dudo que encuentres algo más…

La muchacha enmudeció.

Se había abierto la puerta de entrada al salón.

Apareció un individuo uniformado. Del cuello colgaba su disco de codificación, señalándole como alto funcionario de Unidad Espacial con calidad de mando. Iba escoltado por dos agentes de seguridad.

Sergio Kropotkin no se molestó en pulsar la casilla cuarenta y dos.

También Randy Boothe depositó su combinado sobre la mesa.

Conscientes de que iban a salir de allí. De que la confortable estancia en el compartimiento del Bloque Azul tocaba a su fin.

Ahora iban a conocer el destino que les era reservado.

CAPÍTULO IV

Habían sido conducidos a una sala rectangular. Ya fuera del denominado Bloque Azul, pero sin duda dentro del Centro de Recreo. Sólo habían utilizado los tubo-elevadores en el desplazamiento.

La sala era reducida. De mobiliario casi nulo. Únicamente una tarima modular formando mesa y silla.

Frente al estrado, formando un semicírculo, se emplazaban las cuatro cabinas de vidrio.

Cabinas ocupadas por Randy Boothe, Sergio Kropotkin, Janis Pryce y Tania Paulov.

El individuo uniformado, el alto mando de Unidad Espacial, se había situado tras la mesa modular. Estaba solo. Ya no le escoltaban los dos agentes de seguridad. No los necesitaba. Sólo él podía abrir las cabinas de cristal mediante el panel-control de la mesa.

Los ojos del individuo eran grandes. Unos ojos de albóndiga. Rostro carnoso. Unas facciones que resultaban poco atractivas.

Carraspeó después de posar sus saltones ojos por cada una de las cabinas.

—Voy a ser muy breve. Ni tan siquiera me molestaré en presentarme, pero sí os informaré de que soy uno de los directivos del cosmódromo Baker, miembro del Comité Investigación Espacial y general de Unidad Especial. Imagino vuestra sorpresa. La de UEPA-003 – 4732-VB, UEAB-014 – 2372-HB y la de nuestros dos invitados rusos. Cuatro elementos peligrosos, rechazados… y ahora reclamados. Los *computers* tienen la culpa.

El individuo hizo una pausa.

La aprovechó para reflejar en su rostro una mueca de desagrado mientras que movía la cabeza de un lado a otro.

—Sí, fue culpa de los *computers* —prosiguió—. Solicitamos los candidatos más adecuados para la misión. Los más capacitados. Y los ordenadores eligieron dos candidatos: UEPA-003 − 4732-VB y UEAB-014 − 2372-HB. Fue triste descubrir que los dos miembros más cualificados estaban apartados del servicio y expulsados de Unidad Espacial. Dudamos en buscar otros candidatos, pero el Comité, después de mucho deliberar, se congratuló en la decisión de los *computers*. La misión era peligrosa. De un gran sacrificio para la tripulación. Con remotas posibilidades de éxito. Mejor no arriesgar la vida de dos fieles elementos de Unidad Espacial, sino la de miembros ya corruptos.

—¡Rechazo la misión!

La exclamación de Randy Boothe llegó perfectamente audible al individuo de la mesa. Este sonrió con despectiva sonrisa.

—Pobre iluso. Iluso e insolente. Eso eres. UEPA-003 − 4732-VB. Ya no eres un miembro de Unidad Espacial con derecho a expresar tu opinión. Poco importan tus negativas. Y no vuelvas a interrumpirme con insolencia. La próxima vez que lo hagáis desconectaré el sistema de comunicación de tu cabina.

—Guarda silencio, Randy —murmuró Janis, dejando oír su voz.

—¿Randy? ¡Ah, comprendo! —rio el general de Unidad Espacial—. Has contagiado tu indisciplina a tu compañera. Está severamente prohibido el utilizar los nombres originarios en…

El individuo se interrumpió.

Sacudió la cabeza a la vez que borraba la sonrisa de su rostro.

—Olvidemos eso. Carece de importancia y dispongo de poco tiempo. La misión es importante, pero aún lo es más para vosotros. Cumplirla con éxito significará vuestra total rehabilitación. El olvidar vuestro pasado e iniciar una hoja de servicios con el máximo galardón. Será vuestro ingreso en la más alta esfera de la meritocracia. Honores y riquezas. Hablo también en nombre del gobierno de la URSS. He sido autorizado para ello. Nuestros invitados rusos también serán recompensados con generosidad.

—¿Acaso tenemos posibilidad de regresar?

La pregunta había sido formulada por Sergio Kropotkin.

Con ruda voz.

—Por supuesto que sí —respondió el general—. En las últimas décadas, rusos y americanos hemos intensificado nuestro esfuerzo por la conquista del espacio. En ocasiones unidos para un mayor logro de nuestros propósitos. La primera colonia espacial, esa ciudad flotante

situada en la órbita de la Luna, es una obra maestra de científicos rusos y americanos. Aprovechando donde los campos de la gravitación de la Tierra y de su satélite se equilibran mutuamente para instalar allí la primera base espacial. Fue el camino para conseguir los grandes recursos minerales de la Luna y el abundante níquel en estado casi puro de los asteroides. Luego las bases en Marte, Venus…; pero no hemos encontrado un planeta habitable. Un planeta donde no fuera necesario la creación de atmósferas artificiales ni demás condicionamientos para ser habitado por el hombre. No existe un planeta habitable en nuestro sistema solar. No hemos encontrado una segunda Tierra. Un segundo hogar.

—Un segundo estercolero.

La nueva interrupción de Randy Boothe hizo sonreír al individuo.

—Muy cierto, UEPA-003 – 4732-VB. La Tierra es un gran estercolero. Es ya un planeta viejo, contaminado y con poco futuro. Somos conscientes de ello. Incluso reconocemos no haber solucionado con tiempo el problema y haberlo incrementado. De ahí nuestra ambición y deseo por ese segundo hogar. Nos hemos comprometido a cuidar de la Tierra. Todas las naciones vamos a hacerlo; no obstante, el proyecto de buscar un planeta habitable sigue latente en nosotros. No existe en nuestro sistema solar. En ninguno de los planetas. Todos ellos ya con la huella del hombre. Hace pocos años una tripulación deambuló por Plutón con sus habituales doscientos grados bajo cero. El último planeta por conquistar, aunque ya descartado de antemano. Todos los planetas del sistema solar descartados. Tenemos que buscar fuera de él.

El general de Unidad Espacial hizo una pausa.

Esperando sin duda alguna pregunta o interrupción, pero de las cuatro cabinas de vidrio no surgió voz alguna. El alto miembro del Comité Investigación Espacial volvió a tomar la palabra.

—Nuestra Galaxia cuenta con unos cien mil millones de estrellas. Existen en el universo conocido un centenar de millones de galaxias. La formación de planetas es, en consecuencia, grandiosa. El cálculo de probabilidades nos ofrece hipótesis apasionantes. En alguno de esos planetas pueden haber concurrido las mismas circunstancias que provocaron la aparición de la materia viviente en la Tierra. Pueden existir planetas gemelos a la Tierra.

—El último proyecto de astronave, todavía sin experimentar, trata de aproximarse a la velocidad de la luz —dijo Randy Boothe—. Y la estrella más cercana a la Tierra está a unos cinco años-luz.

El general asintió.

Con repetido movimiento de cabeza.

—Correcto. Hablamos de espacio estelar y no del solar. Ciertamente las estrellas quedan muy lejanas. Incluso a la velocidad de la luz. Cinco años al triple sistema de Alfa del Centauro, diez a la doble Sirio A y B, once a la número 61 del Cisne… Esta última junto a un oscuro planeta. Hay otras, muchas más. Estrellas y planetas. Ese va a ser vuestro destino. Un vuelo interestelar. El primero del siglo XXI. El inicio de descubrimientos de nuevos mundos.

—Conejos de Indias —sonrió Tania Paulov—. Van a investigar en nosotros. Los rusos ya hemos lanzado al espacio artefactos que se desplazan a velocidad similar a la de la luz. Y todos esos artefactos se han desintegrado. Y en otros casos no se volvió a saber de ellos. Artefactos, por supuesto, no tripulados.

—Ahora ya estamos en condiciones de proyectar una cosmonave al espacio capaz de alcanzar la velocidad de la luz. —respondió secamente el general de Unidad Espacial—. En el proyecto hemos trabajado conjuntamente con científicos rusos. De ahí que la tripulación sea ruso-americana. Y también las banderas de ambas naciones figurarán en el nuevo mundo a descubrir.

—¡Al diablo con vuestras banderas! —gritó Randy Boothe, apoyando las manos en el cristal de la cabina—. ¡Al infierno con todos vosotros!

El rostro del general se congestionó.

Llevó su diestra hacia el panel de control. Sin duda con intención de cortar el sistema de comunicación en la cabina de Randy Boothe; no obstante, interrumpió el iniciado ademán.

Sonrió.

Con sus ojos de albóndiga fijos en Boothe.

—Puedes vociferar, UEPA-003 – 4732-VB. Es comprensible tu miedo. No sería humano privarte de ese desahogo. Vuelvo a recordar los grandes honores y recompensas que esperan al regreso triunfal. El retorno de los héroes. El resto de vuestras vidas será un eterno paraíso. Y hay posibilidades para ese regreso. La astronave es perfecta. Ha sido bautizada con el nombre de *Far-Out*. Y en ella hemos volcado los más audaces adelantos y tecnicismos de la astronáutica. No sólo la fantástica capacidad de desplazarse a la velocidad de la luz, sino en cada uno de los módulos de la nave espacial. Es perfecta. Un gigantesco «cerebro» controlará la astronave. Un gigante electrónico: «Zeus». Ese es el nombre dado al complejo cibernético. Al gran ordenador. Se puede

decir que todo el funcionamiento de la cosmonave pesará bajo el control de «Zeus». Sin el menor fallo.

—Magnífico —sonrió Tania, irónica—. ¿Por qué no enviar simplemente a «Zeus»? No es necesaria tripulación en tan fantástica nave espacial.

El general sonrió.

Correspondiendo a la ironía femenina.

—La misión es encontrar un nuevo mundo habitable para el hombre. «Zeus» tiene capacidad para, mediante sondas y detectores, registrar infinidad de datos interesantes y valiosos; pero nosotros queremos detalles al máximo. Es necesario que el hombre deambule por ese nuevo planeta. Por ese segundo hogar. Pisar su suelo, respirar su atmósfera, contemplar su sol, su vegetación…

—¿Cuándo será el viaje? —inquirió Sergio Kropotkin.

—Dentro de dos semanas. Está ya todo preparado. Después de largos años de investigación. Quedan ya atrás los cohetes movidos por iones, los reactores de plasma, la energía nuclear… Todo queda ya atrás. Superado. Con *Far-Out* empieza una nueva etapa.

—El destino, ¿cuál será realmente nuestro destino? —interrogó Janis, con leve inflexión en la voz—. ¿Hacia qué lugar del espacio?

El alto funcionario del Comité Investigación Espacial se reclinó en el asiento demorando la respuesta.

Entornó sus saltones ojos.

—Eso lo determinará «Zeus». Será él quien decida el lugar. La astronave *Far-Out* se desplazará hacia las lejanas estrellas. Hasta dar con el planeta opaco invisible a nosotros, nos consta que en las estrellas de Lalande número 21185, en la número 61 de Cisne, en la Eta de Casiospea hay planetas. La *Far-Out* vagará por el espacio hasta encontrar el lugar adecuado para aterrizar.

—¡Está loco! ¡Las estrellas están distantes entre sí años-luz! —exclamó Sergio Kropotkin—. ¡Puede ser un eterno deambular por el espacio! ¡En una tumba flotante! ¡Es imposible permanecer años y años encerrados en una astronave! ¡Por perfecta que sea!

Los gritos de Kropotkin no impresionaron al individuo.

Respondió con voz pausada.

Con suficiencia.

—Todo ha sido estudiado convenientemente. Hoy mismo, esta noche, cada uno de vosotros será sometido a un tratamiento de coma artificial. Preludio al proceso de hibernación.

El general de Unidad Espacial esperó algún comentario.

Exclamaciones de sorpresa.

Ninguna voz surgió de las cabinas. No había tal asombro. Simplemente la confirmación a las sospechas de Janis Pryce.

Aquel mutismo sí originó cierta perplejidad en el general; no obstante prosiguió con voz pausada.

—Cinco años, diez… Poco importa. Para vosotros será como el despertar de un placentero sueño. Cuando «Zeus» considere haber detectado el planeta adecuado, entrará en funcionamiento el mecanismo de liberación de los ataúdes de hibernación. Será entonces vuestro despertar. Ya ante el planeta seleccionado. Sin ninguna otra dilatación. Será entonces el momento de tomar tierra y proceder a explorar el planeta. Una advertencia…

La voz del general se hizo más tensa.

Ronca.

Antes de continuar hablando posó sus ojos por cada una de las cabinas.

—Una advertencia que no aconsejo olvidar. Desde el mismo momento que la *Far-Out* tome tierra sobre el planeta, se iniciará una cuenta atrás. Dos días. Cuarenta y ocho horas. Ese será vuestro tiempo para recorrer el planeta, analizar especímenes *in situ* y hacer una valoración sobre su posible hábitat. Transcurrido el plazo, la astronave *Far-Out* iniciará automáticamente su regreso a la Tierra. Así ha sido programado «Zeus». No olvidarlo. De no regresar a tiempo de vuestra exploración, la cosmonave partiría sin vosotros. El retorno volvería a ser un placentero letargo. Cada uno de vosotros ocuparía de nuevo el ataúd. Este se cerraría y entraría en funcionamiento el proceso de hibernación. Un método distinto al del Cokhesymil; pero igualmente eficaz.

El general hizo una pausa incorporándose del asiento.

En su poco atractivo rostro se reflejó la mueca de una sonrisa. De nuevo dirigió una mirada a cada una de las cabinas.

—No considero necesario facilitaros más información. Cada uno de vosotros es un perfecto astronauta conocedor de la misión respectiva a realizar. Cualquier duda sería solucionada por «Zeus» en su panel-pizarra de comunicación. Buena suerte a todos… y feliz viaje.

Los puños de Janis Pryce comenzaron a golpear el cristal de la cabina.

Con el rostro desencajado.

Pálida.

—¡No! ¡No quiero ser hibernada! ¡No quiero ser hibernada! ¡Malditos! ¡Malditos…!

El general de Unidad Espacial ya había descendido el estrado dando por finalizada su intervención. No se molestó en desconectar el sistema de comunicación de las cabinas. Dejando que los gritos de Janis Pryce resonaran en la sala.

CAPÍTULO V

Al recibir el enésimo patadón, el robot-bar comenzó a humear. También se percibió un ligero olor chamuscado. La bandeja expulsora comenzó a servir bebidas a vertiginosa velocidad. Los recipientes trípode en hojas de aluminio se sucedieron uno tras otro. Sin dar tiempo a ser retirados.

—¡Por todos los…! —rio Sergio Kropotkin, en desaforada carcajada —, ¡Mirad eso! ¡Ayudadme, maldita sea!

Kropotkin se había arrodillado frente al humeante robot-bar.

Tratando de contener aquella avalancha de recipientes.

Bebiendo uno tras otro.

Randy Boothe contemplaba la escena tumbado en un sofá vibrátil. Con un cigarrillo en los labios.

—Vas a reventar, Sergio.

—Nada de eso —volvió a reír el ruso, con ojos ya vidriosos—. Estoy colaborando con nuestros amados protectores. A mí no me será necesario hibernarme. ¡Me conservaré en alcohol!

El corpulento Kropotkin ahogó su carcajada con el contenido de otro trípode.

Janis Pryce abandonó precipitadamente el salón. Ocultando su rostro entre las manos. Intentando ocultar un sollozo que resultó perfectamente audible.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Sergio Kropotkin, con evidentes síntomas de estar embriagado—. ¿Por qué se marcha? ¡Eh, Janis, la fiesta está empezando!

Tania dirigió una severa mirada a su compañero.

—Eres un estúpido, Sergio. No has debido mencionar lo de la hibernación. Janis está asustada.

—¿Asustada?

—Esta noche puede ser la última de nuestras vidas, Sergio. ¿Acaso no lo comprendes? Dentro de unas horas, tal vez minutos, llegarán a por nosotros. Primero un tratamiento de coma artificial. Así durante un par de semanas. Antes de ser introducidos en los ataúdes de hibernación de la astronave *Far-Out*. Hoy será el comienzo de nuestro largo sueño, Sergio. Un sueño del que posiblemente no despertemos jamás.

Kropotkin, incapaz de detener la lluvia de recipientes, había dejado que éstos cayeran rodeándole por doquier.

El robot-bar continuaba humeando acentuando el olor a quemado.

—No despertar jamás… ¿Y eso es malo, Tania? Mientras trabajaba en las ciudades subterráneas de Siberia, en condiciones infrahumanas, soñaba con eso. Cada noche que cansado y vacilante me dejaba caer sobre el sucio camastro. ¡Soñaba con dormir y no despertar jamás!

—No todos queremos morir, Sergio.

Kropotkin sacudió la cabeza.

Incrementando su vidriosa mirada.

—¿Acaso se puede ambicionar otra cosa? ¿Vivir? ¿Aquí? ¿En un envejecido planeta tiranizado por dictadores? ¡No, condenación! ¡Esto no es vivir!

Tania hizo una mueca.

—Estás borracho, Sergio.

—Seguro… y voy a seguir bebiendo. Hasta reventar. ¡Eh, Randy, anímate muchacho! Mi método de hibernación es magnífico. ¡Whisky, ginebra, vodka, ron…!

La muchacha se aproximó al sofá ocupado por Boothe.

—No le hagas mucho caso, Randy. Está borracho.

—Creo que tiene razón, Tania —respondió Boothe, exhalando una bocanada de humo—. Su método es el mejor. Beber hasta embrutecerse. Sin pensar en más. Sin atormentarse.

—Te equivocas, Randy. Ciertamente puede que hoy iniciemos un sueño del que jamás despertaremos. No es lo mismo una simple hibernación criogénica de laboratorio programada y controlada constantemente que ese nuevo sistema del Cokhesymil. Todavía desconocido de resultados.

—El problema no radica ahí. El método de hibernación será perfecto. Estoy convencido de ello. Es lo más sencillo del ambicioso proyecto. Lo espeluznante será deambular por el espacio durante cinco, diez o más años. Yo sí tengo dudas de la *Far-Out*. Recuerda que será la primera astronave que se desplazará a una velocidad cercana a la de la

luz. Mi temor es quedar encerrado de por vida en una tumba flotante.

—El mío es no despertar jamás de la hibernación —murmuró Tania —. Que ese perfecto «cerebro» de la astronave no encuentre planeta adecuado y, en consecuencia, no entren en funcionamiento el sistema de cesar la hibernación y volvemos a despertar.

—¿Despertar para encontrarse encerrados en una jaula perdida en el espacio?

Tania esbozó una sonrisa.

—Sí, Randy. No me importaría. Mejor que no despertar jamás. Amo la vida. Y quiero vivirla intensamente. Hasta el último segundo. Poco importa el lugar. Contemplando la infinita profundidad del espacio, será un buen cementerio.

—Yo no lo imagino tan romántico, Tania. El hibernarnos soluciona nuestra alimentación durante el largo desplazamiento. Despiertos, sería necesaria constante alimentación, bebida… En la astronave contaremos con suministros habituales. Pronto terminaríamos con ellos. El hambre, la sed, el vemos rodeados de aquella alucinante oscuridad sin fin… No, Tania. No sería una muerte muy agradable.

—Dormidos o despiertos…, poco importa. Es una misión suicida. Con nulas posibilidades de éxito. De ahí que nos hayan seleccionado a nosotros. Nos queda poco tiempo para el… largo sueño, Randy. Acude junto a Janis. Te necesita.

—Todos somos necesarios ahora.

Los gordezuelos labios de Tania volvieron a sonreír.

Desvió fugazmente la mirada hacia Sergio Kropotkin. Este roncaba ruidosamente rodeado de trípodes vados. El robot-bar, ya completamente sin suministro, había dejado de servir.

—Ahí tienes a Sergio. Él ya ha encontrado el consuelo. Yo necesito ahora soledad. Voy a retirarme a mi habitación, Randy. Necesito pensar. Estar a solas con mis pensamientos. Adiós, Randy. Hasta pronto… o hasta nunca.

La joven se inclinó sobre Boothe.

Besándole en los labios para seguidamente abandonar el salón.

Randy Boothe permaneció inmóvil. Contemplando con la mirada la salida de Tania.

Volvió a encender un cigarrillo.

Transcurridos unos minutos se incorporó del sofá.

Antes de salir dirigió una última mirada a Sergio Kropotkin. Como una despedida. Avanzó por el ancho corredor. Se encontraba de nuevo

en uno de los compartimientos del Bloque Azul. Boothe se introdujo en su habitación encaminando los pasos hacia la puerta de comunicación con la estancia contigua.

Allí descubrió a Janis. Sollozando entrecortadamente. Tumbada sobre el circular lecho. Ajena a la presencia de Boothe.

—Janis…

La muchacha giró alzando su lloroso rostro.

—Oh, Randy… tengo… tengo tanto miedo… creí… que era más valiente… que nada me importaba ya y…

—También yo tengo miedo, Janis. ¿Por qué no lo compartimos juntos? Randy Boothe se reflejó en los llorosos ojos femeninos.

Unió sus labios a los de Janis.

La joven se aferró a él. Abrazándole con fuerza. Con desesperación.

Instantes más tarde caían en una vorágine de pasión y deseo provocada para escapar de la realidad que les rodeaba. Conscientes de estar viviendo los últimos momentos. Convencidos de que iban a emprender un viaje sin retorno.

CAPÍTULO VI

Apenas parecía moverse en la inmensidad del espacio.

Como si flotara suspendida de infinitos hilos invisibles.

Far-Out era como un majestuoso velero surcando mares de eternas sombras. Su diseño resultaba fantasmagórico. Inusitado. Esferas y cilindros longitudinales. Luces detectoras en la cola. El módulo de mando y el de servicio en el centro de la cosmonave.

La cabina del *Far-Out* era un rincón artificial de la Tierra. Una micro atmósfera casi perfecta en composición, humedad, temperatura y presión. En la cabina se emplazaban los instrumentos más importantes de la astronave. El control de los manantiales de energía, los altímetros y aparatos de radar, el sistema regenerador de la atmósfera, dispositivos de gobierno y de estabilización de la nave, encendido y regulación de motores…

Todo ello bajo el control y dirección de un superordenador electrónico que determinaba y ordenaba automáticamente las operaciones a seguir. Un «cerebro» que dominaba *Far-Out*. Un complejo cibernético bautizado con el nombre de «Zeus».

Y «Zeus» se situaba en un habitáculo especial. Como un dios en su trono omnipotente. Y desde allí podía extender sus poderosos tentáculos hasta el último de los rincones de la nave espacial. Ordenadores, calculadoras, compuertas… Todos supeditados al gran «Zeus».

Había otra sala especial en *Far-Out*.

Contigua a la cabina de mando.

Una estancia circular. No muy grande. Con cuatro ataúdes cilíndricos ocupando el suelo. Cuatro féretros de vidrio térmico coloreado. Unidos entre sí formando una cruz. Ensamblados a un extraño artefacto del que brotaban infinidad de filamentos y tubos que como ventosas se pegaban a los cilindros.

Féretros con ocupantes.

Dos hombres y dos mujeres.

Dormidos… o muertos.

El vidrio coloreado fue cambiando paulatinamente de tonalidad. Haciéndose más bermejo para seguidamente retomar a una trasparencia casi diáfana. Del artefacto tentacular al que estaban unidos los cuatro receptáculos comenzaron a eclipsarse pilotos y desconectarse filamentos.

En los cuatro cilindros se procedió a deslizar el cristal superior. Girando y ocultándose sobre su base. En el interior de los féretros quedó visible ahora infinidad de círculos luminosos. Como ventosas iridiscentes. A todo lo largo del ataúd de cristal.

Uno de los hombres fue el primero en mover imperceptiblemente los párpados.

Un individuo corpulento y de ancha nariz.

Entreabrió los ojos comenzando a parpadear repetidamente.

Una fracción de segundo más tarde era su compañero, un individuo joven y de correctas facciones, el que abrió los ojos y movía los dedos de las manos tecleando sobre el vidrio.

Se originó una breve pausa.

Ningún otro movimiento.

Como si temieran salir de aquel ataúd de vidrio.

Y fue el individuo más joven el que se incorporó en primer lugar. Abandonando su siniestro lecho. Sin dejar de parpadear. Con una mueca de perplejidad reflejada en el rostro.

—Randy… ¡Randy!

El individuo corpulento también había salido del féretro.

—¡Sergio!

Los dos hombres estrecharon sus manos.

Riendo alborozados.

—Hemos… ¡hemos, despertado! —exclamó el ruso zarandeando a Boothe por los hombros—. ¡Ah condenación! Mi último recuerdo fue la gran borrachera de ayer en el Bloque Azul.

—¿Ayer? Estamos en la *Far-Out*. Y haber cesado la hibernación significa que hemos…

Randy Boothe se interrumpió.

Fue al ver moverse a una de las mujeres en el ataúd de cristal. Acudió sonriente a ayudarla a salir del cilindro.

—Hola, Tania. ¿Has dormido bien?

La muchacha parpadeó.

Aturdida.

Reaccionó riendo nerviosamente mientras se colgaba del cuello de Boothe.

—¡Randy! ¡Oh, Randy… estamos vivos!

—Cierto, Tania. Al menos de momento.

—Janis también empieza a despertar.

En efecto.

La última ocupante de los féretros cilíndricos estaba parpadeando repetidamente. Abriendo y cerrando las manos. Sus compañeros la ayudaron a salir del receptáculo.

Los ojos de Janis Pryce se nublaron.

Contemplando a Boothe, Tania, Kropotkin…

—Dios mío… Dios mío…

—¡Por todos los…! —exclamó Sergio Kropotkin, jovial—. No es el momento de lágrimas, sino de gran fiesta. ¿Dónde infiernos está el champaña? ¡Tiene que haber champaña!

—¿Acaso te has recuperado ya de la resaca del robot-bar? —inquirió Tania.

Rieron a carcajadas.

Eufóricos.

Estaban con vida. Y ninguno de ellos contaba con semejante milagro. Convencidos de no despertar jamás.

—Bien, amigos. Creo que todos nos hacemos cargo de la situación —comentó Randy Boothe—. La hibernación ha cesado y hemos salido de nuestro… letargo. Eso significa que el todopoderoso «Zeus» ha encontrado un planeta idóneo para los terrícolas.

—¿Dónde nos encontramos? —preguntó Janis—. ¿Cuánto tiempo hemos permanecido hibernados?

Sergio Kropotkin se golpeó ruidosamente el pecho con los puños.

—¿Importa eso? Cinco años, diez, veinte… En la Tierra sí habrán envejecido, pero nosotros estamos igual que en el momento de la partida. Me encuentro perfectamente. Pletórico de facultades. Ha sido como despertar de una reparadora cura de sueño.

—Lógicamente hemos sido mimados y cuidados durante la hibernación —sonrió Boothe—. También yo me encuentro en forma. ¿Nos ponemos el equipo?

Randy Boothe señaló hacia un armario vitrina donde se emplazaban cuatro completos equipos de astronauta. Junto con el correspondiente yelmo espacial.

Kropotkin hizo una mueca.

—¡Al diablo con el equipo!

—Eres de los míos, Sergio —sonrió Boothe—. También yo hacía caso omiso a la ordenanza de ponerme el traje presurizado y la escafandra. El módulo está dotado de micro atmósfera. ¿Por qué temer que algo pueda chocar con la cabina? De seguro que *Far-Out* es imposible de perforar.

—Es un bonito traje…

El comentario de Tania originó carcajadas.

—¡El eterno femenino! Un vulgar traje espacial, Tania. Apuesto que igual a los utilizados por nosotros —dijo Kropotkin—. Tela de *drinylon* revestida interiormente por una capa de caucho y aluminizada exteriormente. Sólo que los americanos lo hacen más llamativos. Únicamente eso, querida. Resulta igual de incómodo que los nuestros.

Caminaron hacia la compuerta.

No había esclusa de aire.

No existían diferentes presiones entre los dos compartimientos.

Pasaron a la cabina, abandonando el reducido y macabro lugar de la hibernación.

Y les cuatro corrieron al unísono hacia el visor exterior. Una panorámica ventana que les permitía contemplar el espacio.

Ninguno pronunció palabra.

Quedaron en silencio.

Como hipnotizados.

Contemplando el planeta que se dibujaba ante ellos.

Fue Janis Pryce la primera en mover los labios. En reaccionar murmurando una palabras apenas audibles.

—Por un momento… parece… parece como si…

—La tierra. Es nuestro planeta.

—No, Tania. No es la Tierra; aunque reconozco que el parecido es asombroso —dijo Boothe, también con leve voz—. Nosotros acostumbramos a contemplar la Tierra desde el espacio, conocemos bien sus características esenciales. Y ese planeta… ¡Dios! Es como un duplicado. Si los altos funcionarios de Unidad Espacial buscan un planeta gemelo a la Tierra, no hay duda de que lo hemos encontrado.

Tania se precipitó hacia el panel general suministrador de datos.

El cuadro de mando de la cabina era gigantesco. Formando amplio semicírculo. Allí se situaban también las diferentes pantallas-pizarra de comunicación de datos suministrados por «Zeus».

Tania manipuló les complicados mecanismos. Se iluminó una de las pantallas. Procediendo a transmitir datos a vertiginosa velocidad. La muchacha los hizo pasar a otra pantalla traductora de lectura lenta.

—Tenemos todo el trabajo hecho —comentó Tania, con leve sonrisa —. «Zeus» ya ha lanzado astro sondas y detectores registrando y analizando la información recibida. Llevamos dos semanas alrededor del planeta. Investigando sobre él minuciosamente. Un planeta con una estrella luminosa de características semejantes a las de nuestro amado sol, con un satélite natural, un planeta con atmósfera similar a la terrestre… Incluso su diámetro y perímetro son muy aproximados. Alrededor de las tres cuartas partes de su superficie está ocupada por los mares, abundante vegetación, vida animal…

—Es… es demasiado irreal para resultar cierto.

Sergio Kropotkin desvió los ojos con rapidez.

Posando su mirada en Janis.

—¿Por qué dices eso, Janis? ¿De qué te asombras? La Tierra no es el ombligo del Universo. ¡Por supuesto tenía que haber vida en otros planetas! ¡Y un planeta viable para nosotros! ¡De seguro hay millones de ellos en la inmensidad del espacio! Y el bueno de «Zeus» ha detectado el más cercano a nuestro sistema solar. Sin salimos de nuestra Galaxia. ¿Me equivoco, Tania?

—Correcto, Sergio —respondió la muchacha rusa, tecleando de nuevo en el complicado panel—. Nos encontraremos en un sistema planetario de…

Tania enmudeció.

Fue cuando en el cuadro de instrumentos comenzaron a iluminarse varios indicadores y pilotos de parpadeante destello. En el visor principal de mando se inició el proceso para descenso y toma de tierra en el planeta.

—¡Maldita sea! ¡La astronave comienza programa de aterrizaje! —gritó Sergio Kropotkin—. ¡Tenemos que preparamos!

También de labios de Randy Boothe brotó una soez maldición.

—No me gusta esa total dependencia del todopoderoso «Zeus». ¿Puedes hacer algo, Tania? Tú eres la experta en ordenadores espaciales. ¿Puedes quitar la hegemonía a «Zeus»? No estar nosotros

subordinados a él. Que sea el «cerebro» quién reciba nuestras órdenes.

Tania asintió con un movimiento de cabeza.

—Puedo hacerlo, Randy; pero me llevaría tiempo.

—¡No disponemos de ese tiempo! —exclamó Sergio Kropotkin—. Voy al módulo de servicio a echar un vistazo. Necesitamos un vehículo para deambular por el planeta. También el equipo de investigación y exploración, armas, supervivencia… Son muchas cosas a realizar.

—Yo me ocupo del equipo de supervivencia —dijo Janis.

—Sergio tiene razón —sonrió Randy Boothe—. No disponemos de tiempo. ¡Nos espera un planeta!

* * *

Con lentitud.

Majestuosamente.

En un descenso vertical. Una toma de tierra perfecta. Sin brusquedad. El sistema de retro frenado en eficaz cometido. Los gigantescos discos fusiformes ya habían salido de su tren articulado junto con los dispositivos hidráulicos especiales. Soportes de tres vértices con los ciclópeos discos fusiformes para sostener la cosmonave.

Del bastidor principal de salida se extendió una rampa articulada de descenso. Con plataformas móviles para permitir el acceso desde las diferentes compuertas de la gigantesca astronave.

Había también, en la cola de la *Far-Out*, una pista de salida para los «Alex-Box». Eran tres los planeadores «Alex-Box» acoplados en el vientre de la cosmonave. En el módulo de servicio. Junto con otros medios de desplazamiento.

Los cuatro tripulantes ya con el equipo de exploración.

Todavía en la cabina.

—Si no utilizamos escafandra, ¿tampoco el sistema primario de oxigeno?

Randy Boothe chasqueó la lengua.

—Olvídalo, Janis. Ya llevamos demasiados trastos encima. Tania ha vuelto a lanzar una sonda para corroborar los datos registrados por «Zeus». Todo correcto. Una atmósfera maravillosa para nosotros. Una réplica a la terrestre, aunque con una ligera cantidad superior de ozono.

—Eso no es inconveniente.

—Por supuesto que no, Janis. Todo lo contrario. No necesitamos escafandra, yelmo ni el condenado filtro.

Sergio Kropotkin estaba ajustando el rifle multifuego a la correa soporte que pendía de su traje-equipo. Un rifle con diferente potencia gradual de fuego. Desde la simple descarga de aturdimiento a los proyectiles explosivos de alto poder de destrucción. Un arma dotada de doble mira con infrarrojos.

—Ya estoy preparado. ¿Qué hacemos, Randy? ¿Un «Molab» o un «Alex-Box»?

—¿Cuál es tu opinión, Sergio? —sonrió Boothe.

El ruso correspondió a la sonrisa.

—Un «Molab». Al menos de momento. Los planeadores son demasiado rápidos para una primera exploración del terreno.

—Ese es también mi parecer.

—Bien. Yo me ocuparé de sacarlo del módulo. Esperadme fuera.

—Sergio…

—¿Sí, Tania?

Tania, aunque ya totalmente equipada, permanecía frente al cuadro de instrumentos.

—No te demores. La cuenta atrás ha comenzado.

—¿La cuenta…?

Tania señaló hacia el disco que se había iluminado en la parte superior del panel de mando. Un disco hasta entonces oculto. Unos números rojos destellaban en el disco.

—Ahora… ocho… ocho minutos exactamente —dijo Tania, con los ojos fijos en el disco luminoso—. Entró en funcionamiento al tomar tierra la astronave.

—Cuarenta y ocho horas…

—Correcto, Randy —asintió Tania—. Ese fue el plazo. Cuarenta y ocho horas. Si puedo manipular en los complicados *computers* de «Zeus», pero no detener o demorar esa cuenta atrás. Lo he investigado. Es imposible. De ahí que, si no estamos de regreso dentro de cuarenta y ocho horas, la astronave partirá sin nosotros. Os aconsejo sincronizar a la perfección nuestros respectivos electrocronos.

Obedecieron la sugerencia de Tania.

Sergio Kropotkin fue hacia el módulo de servicio en busca del «Molab».

Randy Boothe y las dos muchachas se encaminaron hacia la compuerta de salida. Se detuvieron en lo alto de la rampa articulada.

Contemplando el paisaje que se ofrecía ante ellos.

—Es… es maravilloso…

El susurrar de Tania fue correspondido por un leve movimiento de cabeza por parte de Janis.

—Cierto —dijo Randy Boothe, también impresionado por la belleza del panorama—. Un nuevo paraíso terrenal… Estamos en Nova-Terra.

CAPÍTULO VII

El vehículo era algo más que un «Molab», aunque así se denominaba a todos los autos diseñados para circular fuera de la Tierra. Se trataba de un «Fathom». Con capacidad para desplazarse sobre la tierra y en hovercraft. Un vehículo de seis ruedas con propulsión articulada permitiéndole escalar longitudinalmente caras verticales y salvar grietas de considerada anchura.

—¡Siempre igual! ¡Los americanos adelantándose a todo! —exclamó Sergio Kropotkin con falsa irritación—. Debió ser por votación democrática. De eso se presume en Estados Unidos.

—Hace ya muchas décadas que dejamos de ser demócratas —sonrió Randy Boothe—; pero nos gusta fanfarronear de ello. Hacemos ilusiones. Nos gobierna un triunvirato dictatorial que dice ser demócrata.

—En la URSS somos más sinceros —añadió Tania, también con leve sonrisa a flor de labios—. Los tiranos no se disfrazan de demócratas.

—¡Debió ser por votación! —vociferó nuevamente Kropotkin—. No me gusta lo de Nova-Terra. No me gusta, Randy.

Tania rio más abiertamente.

—Es un bonito nombre, Sergio. Reconócelo. Fíjate. Así debió ser la Tierra en sus comienzos: montañas, ríos, valles… una vegetación exuberante. Y aquel sol rojizo ocultándose tras el horizonte. Un sol muy semejante al nuestro.

—Ciertamente, es una estrella luminosa que…

Sergio Kropotkin se interrumpió.

A poca distancia, en lo alto de un montículo, surgió el animal. Un brioso caballo de bella estampa. Cuatralbo. Con plateadas y largas crines. Fue al girar y alzar sus patas delanteras cuando descubrió el

largo y punzante cuerno.

—¡Un unicornio! —exclamó Janis—. ¡Es un unicornio!

Kropotkin presionó el mando de conducción automática para poder manipular en su rifle.

—¡Voy a cazarlo! ¡Será un buen trofeo!

—No lo hagas, Sergio.

Kropotkin rio a carcajadas.

Divertido por la súplica de Tania.

—¿Por qué no llevarlo a casa, Tania? Un animal mitológico para el gran zoo de Moscú. No lo destrozaré. Colocaré al mínimo el rayo insensibilizador.

—Olvida el safari, Sergio. Ese animal tiene dueño.

Kropotkin arqueó las cejas.

Fijando la mirada en el sonriente Randy Boothe.

—¿Qué quieres decir?

—Allí —señaló Boothe, extendiendo el brazo derecho. Indicando un frondoso bosque emplazado tras el montículo—. En el primero de los árboles.

Janis y Tania casi gritaron al unísono.

—¿Es… es un gorila?

—Vamos a salir de dudas —dijo Randy Boothe, haciéndose cargo de la barra volante de conducción manual del auto—; pero yo juraría que no se trata de un gorila

—¿Insinúas…?

El interrogante de Janis quedó sin respuesta.

El «Fathom» disponía de una doble barra-volante de conducción en los asientos delanteros. Allí se acomodaban Randy Boothe y Sergio Kropotkin. En los asientos posteriores, Janis y Tania. Todo el perímetro del vehículo con compartimientos almacenando el equipo de investigación y exploración.

El unicornio, ante el avance del vehículo, emprendió veloz huida hacia el cercano bosque. Con sus níveas crines al viento. En raudo y majestuoso galopar. Pronto alcanzó los árboles del bosque perdiéndose entre la espesura.

El «Fathom» también inició el veloz descenso de la pendiente.

—¡Por todos los…! ¡Ya no está! —gritó Kropotkin—. ¡Ha desaparecido!

En efecto.

Ya no había nadie en el primero de los árboles del bosque.

El vehículo se introdujo también por entre la frondosidad, pero por poco tiempo. Apenas unas diez yardas. Los árboles cerraban el paso. El ramaje dificultaba el paso.

—Imposible seguir…

—¡A tierra! —Randy Boothe saltó del «Fathom»—. Continuaremos a pie. Conecta el sistema de seguridad, Sergio.

—¿Temes que el gorila nos robe el auto?

Randy Boothe hizo caso omiso al irónico comentario de su compañero. Había llevado su diestra hacia la culata del rifle multifuego, aunque sin soltar el arma de la correa de sostenimiento. Janis y Tania caminaron tras él. Sergio Kropotkin se rezagó unos minutos. El tiempo de acoplar el sistema de seguridad en el «Fathom». Si alguien se aproxima al vehículo recibiría una fuerte descarga eléctrica.

Kropotkin sí desplazó el rifle de la correa.

Corrió con el arma en posición de disparo. Con el segmentado cañón cilíndrico en la mínima potencia de destrucción. Presto a disparar rayos insensibilizadores.

Llegó a una pequeña explanada del bosque.

Allí dio alcance a Boothe y a las dos muchachas.

Janis estaba utilizando un visor portátil enfocado hacia el suelo. En la minipantalla se apreciaban perfectamente nítidas las pisadas sobre el terreno.

—Huellas… huellas humanas. Unos pies descalzos.

—¡Randy!

La súbita exclamación de Tania resonó con fuerza en el silencioso bosque.

Con sus aterrados ojos fijos en unos arbustos que se agitaban para dar paso a los tres hombres.

No.

No eran gorilas.

Tres hombres fuertes y corpulentos. De abundante pelo que les llegaba hasta los hombros. Hombres de curtida piel. Torso desnudo. Al igual que sus descalzos pies. Únicamente se cubrían con un taparrabos de piel. Hombres musculosos y velludos. Los tres portaban en su diestra una punzante lanza.

Tres auténticos cavernícolas.

Sergio Kropotkin fue el primero en reaccionar a la sorpresa de

aquella aparición.

—¡Les voy a…!

—Quieto, Sergio. Espera. Están más sorprendidos que nosotros —dijo Boothe, bajando el rifle de su compañero—. Y más asustados. Sólo si intentan algo nos defenderemos.

Unos de los individuos melenudos se adelantó.

Tan sólo un par de pasos.

Los ojos del individuo eran negros. Muy hundidos. Coronados por pobladas cejas. La frente abombada y saliente. Al igual que los pómulos. Nariz ancha. Labios carnosos. El broncíneo de su piel delataba un intenso contacto con el sol, el viento, la lluvia…

El individuo abrió su diestra dejando caer la lanza.

Y al instante se postró de rodillas para seguidamente iniciar repetidas reverencias hasta quedar con el rostro besando el suelo.

Sus dos compañeros le imitaron.

—¡Infiernos! ¡Esto sí es bueno! —rio Sergio Kropotkin—. Nos consideran dioses.

Janis esbozó una sonrisa.

Recuperado ya el color de sus mejillas.

—Y lo somos, Sergio. Para ellos somos dioses. Un planeta habitado por salvajes, por un pueblo primitivo…

Kropotkin asintió.

Sin dejar de reír.

—Cierto. Un planeta fácil de conquistar y dominar. Un paraíso para nuestros respectivos gobiernos. Pocas armas nucleares y bacteriológicas se utilizarían para conquistar Nova-Terra.

Randy Boothe se había adelantado hacia el individuo más cercano.

—¡Eh, amigo! ¡Arriba! En pie…

El individuo pareció comprender las indicaciones y gestos de Boothe. Se incorporó. En su rostro una sonrisa de oreja a oreja. Comenzó a articular extrañas palabras. Acompañadas de repetidos gestos con las manos.

—¡Eh, Randy! ¿Qué te dice? —rio nuevamente Kropotkin—. Apuesto que en Unidad Espacial os enseñaban idiomas extra galácticos.

Boothe también sonrió.

—Más respeto con nuestros anfitriones, Sergio. No olvides que estamos en su planeta. Somos forasteros.

—Parece… parece que quieren que les sigamos.

El comentario de Tania resultó cierto.

Los tres individuos recuperaron sus lanzas y se abrieron paso por entre la espesura del bosque. Realizando movimientos de cabeza y gestos con las manos. Una y otra vez.

Randy Boothe así lo comprendió.

—Vamos tras ellos. De seguro nos conducirán a su poblado.

—¿Quién nos asegura que no son caníbales, Randy? —inquirió Kropotkin—. Incluso puede tratarse de una emboscada. Miles de peludos salvajes atacando sin piedad cuatro indefensos astronautas.

—¿Por qué no cierras la boca, Sergio?

Kropotkin rio en estridente carcajada.

Divertido por la intervención de Tania.

—¿Tienes miedo, pequeña?

—No dices más que tonterías —Tania dirigió una severa mirada a su compañero—. Estoy impresionada por haber encontrado vida en un lejano planeta, a años luz del nuestro. Esos hombres son semejantes a nosotros, Sergio. Una vida primitiva, salvaje, en sus comienzos. Y eso lo hace aún más sobrecogedor. Nosotros, procedentes de una civilización ya maldita, emponzoñando con nuestras pisadas un planeta virgen.

—Lo tuyo sí son tonterías, Tania. Somos exploradores del espacio, no misioneros. Yo sí me doy perfecta cuenta del acontecimiento —la voz del astronauta ruso se hizo ronca—. Estamos ante el más espectacular suceso de la historia. De nuestra historia. Un hecho mil veces superior al de Colón descubriendo a los yanquis.

—Muy gracioso.

Kropotkin ladeó la cabeza.

Hacia Boothe.

—No estoy bromeando, Randy. Vamos a pasar a la inmortalidad. Nuestros nombres serán recordados y admirados por las futuras generaciones. Tal vez una de las primeras ciudades de Nova-Terra lleve mi nombre.

Randy Boothe no evitó una sonrisa.

—Guarda tus sueños de grandeza, Sergio. Al menos para más adelante. Ya hemos llegado.

Boothe, que caminaba en primer lugar entre los estrechos senderos del bosque, descubrió las chozas. En una extensa planicie. Una amplia explanada circular cercada por los frondosos árboles del bosque. Era allí donde se alzaban las chozas del poblado. Construidas rudimentariamente. En su mayoría con troncos y adobe.

Dos de los guías se adelantaron en veloz carrera. Agitando los brazos y vociferando guturales palabras. Del interior de las chozas salieron hombres, mujeres y niños. Los gritos y exclamaciones de los dos individuos originaron gran alarma en el poblado. Algunas de las mujeres abrazaron a sus hijos para protegerlos. Otras retornaron atemorizadas al interior de las chozas.

La mayoría de los indígenas sí permaneció en la explanada.

Formando un pasillo ante los visitante ya próximos. Inclinándose de rodillas. Temerosos de alzar sus miradas. Murmurando ininteligibles palabras. Casi sin voz. Como en un susurrante rezo.

—Calculo unos trescientos. No más de los cuatrocientos —dijo Sergio Kropotkin trazando rápidas miradas a izquierda y derecha—. En cada una de esas cabañas no se pueden albergar más de diez salvajes. Dada la extensión del terreno, el número de chozas…

—Olvídalo, Sergio. No vamos a ser atacados.

Kropotkin sonrió.

—No me preocupa esa posibilidad, Randy. No, mientras tenga al alcance de mi mano el rifle y las cartucheras con micro granadas. Me puedo enfrentar a todo un ejército.

—Un ejército armado con lanzas y cuchillos —añadió Tania.

Sergio Kropotkin arqueó las cejas borrando bruscamente la sonrisa de su rostro. Fijando la mirada en la muchacha.

—¿Qué infiernos te ocurre, Tania? ¡Por supuesto que prefiero a estos salvajes con lanzas a un ejército dotado de armas nucleares! Los ignorantes son fáciles de convencer. Resultará sencilla la conquista del planeta.

Habían llegado al centro de la explanada.

Allí se alzaba una choza de mayores dimensiones. Reinaba un gran silencio en el poblado. Había cesado aquella especie de rezo susurrante.

Un hombre se encontraba a la entrada de la choza. Un individuo de largos y níveos cabellos. De rostro ajado. Surcado por marcadas y ensortijadas arrugas. Un rostro que parecía del mismo color que la tierra que pisaba.

También, junto a la cabaña, dos muchachas. Jóvenes. De pómulos gatunos y ojos muy grandes. Boca carnosa. Se protegían únicamente con una corta falda de piel. Los senos, erguidos y duros, al descubierto. Coronados por saliente pezón rosado.

Las dos muchachas indígenas también inclinadas.

Sólo el anciano de abundante cabello blanco permanecía en pie.

Tenía los ojos grises. Muy claros. Casi transparentes. Y aquellos ojos se posaron en tos cuatro visitantes. Fijamente. Con intensidad. Como si quisiera leer el pensamiento de cada uno de ellos.

Lentamente, el anciano alzó su diestra. La llevó a su pecho. A la altura del corazón. Y seguidamente fue señalando a cada uno de los visitantes. Su voz, ronca y gutural, pronunció una palabras.

Randy Boothe le imitó.

Su mano derecha en el corazón. Y luego extendió el brazo abarcando en amplio semicírculo a todo el silencioso poblado.

Y en sarmentoso rostro del anciano se reflejó una sonrisa.

CAPÍTULO VIII

Sergio Kropotkin alzó el cuenco repleto de un líquido casi rojizo. Bebió largamente. Hasta vaciar el recipiente.

—¡Condenación! ¡Es el mejor vino que he probado jamás!

—Esto no son uvas, Sergio —sonrió Janis, atrapando un racimo de fruta rojiza—; aunque sí guardan un cierto parecido. Al igual que las manzanas.

Se encontraban en el interior de la choza del jefe del poblado. Acomodados sobre pieles de animales. Les había sido servidas fuentes con gran variedad de frutas.

Kropotkin rio alargando de nuevo el cuenco.

Una de las jóvenes indígenas acudió portando una vasija.

Los ojos de Sergio Kropotkin se posaron en la muchacha. En lasciva mirada. Fijos en los erguidos y puntiagudos senos.

—Y jamás he sido servido por una doncella virgen. Apuesto que eres virgen. ¿Qué respondes, pequeña?

La muchacha indígena, al ver reír a Kropotkin, le imitó esbozando una tímida sonrisa. Retrocedió retornando junto al anciano de cabellos canosos. Este permanecía sentado en una especie de trono. Escoltado por las dos muchachas indígenas.

Tania estaba junto al ventanal de la choza.

En actitud ausente.

—Bonito atardecer, ¿verdad, Tania?

La voz de Randy Boothe hizo respingar a la muchacha. Ladeó la cabeza asintiendo con leve sonrisa.

—Sí. Un atardecer sobrecogedor. Impresionante. Un sol rojizo ocultándose tras el horizonte… dorando las montañas. Un sol como el nuestro, Randy.

Boothe no hizo comentario alguno.

Lentamente encaminó sus pasos hacia la salida.

El anciano se incorporó para aproximarse a Randy Boothe. Como si quisiera servirle de guía.

En el centro del poblado se estaba asando carne. Las mujeres cantaban siguiendo los frenéticos acordes de ruidosos tambores. Era sin duda un día de fiesta. En honor a los visitantes.

Janis y Tania también abandonaron la choza.

—Parece un cordero. Están asando un cordero…

Boothe sonrió.

—También a mí me parece un cordero, Tania. ¿Por qué no echamos un vistazo a los corrales? Debe ser interesante.

—Antes me pareció ver un perro —dijo Janis—. Un perro o un lobo. Jugando con unos niños.

El anciano, percatándose de las miradas de los visitantes centradas sobre el animal sacrificado, pronunció unas extrañas palabras. Posando sus ojos en Boothe. Con intensidad.

—No te entiendo, abuelo —sonrió Randy Boothe.

El anciano también sonrió.

Avanzó unos pasos.

Hacia una cabaña situada cercana a la gran choza. Hizo unos ademanes para que le siguieran. Uno de los indígenas, a órdenes del anciano, abrió la puerta de la cabaña.

El interior de la choza estaba repleto de provisiones. Frutos secos y carne desecada al sol. También recipientes protegidos con cuero. Todo ello cuidadosamente ordenado y almacenado.

El anciano trazó un semicírculo con su brazo derecho. Abarcando los víveres para seguidamente señalar a Boothe.

—Nos… nos está ofreciendo…

—Sí, Janis. Así es —dijo Randy Boothe—. Todas las provisiones. Y lo más sorprendente es que no lo hace impulsado por el temor. No hay miedo reflejado en su rostro. Simplemente nobleza.

El anciano continuaba con sus gestos.

Insistiendo para que Randy Boothe y las muchachas tomaran todo aquello.

—Gracias, abuelo —sonrió Randy Boothe—. Nuestra curiosidad por el cordero asado no estaba motivada por el hambre. No necesitamos tus…

Un súbito grito hizo enmudecer a Boothe.

Un desgarrador grito femenino que resonó con fuerza. Un alarido que silenció el cantar de las mujeres y el sonar de los tambores.

El grito procedía del interior de la gran choza.

Randy Boothe acudió a grandes zancadas.

Al penetrar en la cabaña descubrió a Kropotkin abofeteando a una de las muchachas indígenas. Estaba a horcajadas sobre ella. Le había arrancado la corta falda de piel.

—¡Déjala, Sergio!

El corpulento ruso no pareció oír la voz de Boothe. Tenía el rostro encendido. Los ojos llameantes de lujuria.

La joven indígena había quedado aturdida por los golpes cesando en sus gritos. A merced de las brutales caricias de Kropotkin, que se había apoderado ávidamente de los desnudos senos femeninos.

—Eso está mejor, pequeña salvaje. No más resistencia. Ahora el bueno de Sergio te…

Boothe se adelantó.

Lo suficiente para poder propinar un patadón a la cabeza de Kropotkin. Este rodó por el suelo acusando el violento impacto. Quedó a cuatro manos. Sacudiendo la cabeza repetidamente.

—¡Por todos los…!

—¿Ya más tranquilo, Sergio?

Kropotkin deformó el rostro de furiosa mueca.

Se incorporó.

—Maldito seas, Randy, ¿por qué lo has hecho? Sólo trataba de comprobar si era virgen. ¿Qué hay de malo en divertirme un poco?

—Te estabas comportando como un salvaje, Sergio. Y hay que dar buen ejemplo a los nativos.

Kropotkin rio.

Avanzando amenazador.

—¡Seguro! Eso voy a hacer. Empezaré contigo. Te voy a dar una buena lección. Has hecho mal en golpearme. Muy mal.

—¡Ya basta, Sergio! —exclamó Tania que, junto a Janis, había seguido los pasos de Boothe—. ¡Dejad de…!

Kropotkin apartó con violencia a la muchacha.

—¡Al infierno contigo! ¡Ya estoy harto de recibir consejos! ¿Quién diablos eres tú, Randy? ¿Dónde crees que estamos? No recibo órdenes de nadie. Si me apetece divertirme con una de esas salvajes tú no…

Un zumbido hizo enmudecer a Kropotkin.

Un intermitente silbido procedente de uno de los aparatos que colgaba del cinturón-cartucheras. Un aparato circular en cuyo centro destellaba una luz.

Sergio Kropotkin bizqueó.

Contemplando perplejo el aparato que colgaba de su cinturón.

—Es… es el avisador de seguridad del «Fathom»

—¿Acaso no dejaste conectado el dispositivo? —interrogó Boothe.

—¿Conectado? ¡A su máxima potencia! —exclamó Kropotkin—. Si alguien rozaba el vehículo recibiría una mortífera descarga eléctrica.

El zumbido se hizo más intenso.

La luz piloto del centro del avisador cambió de tonalidad. De color azulado pasó a rojizo.

Boothe y Kropotkin intercambiaron una mirada.

—¿Qué ocurre? —inquirió Tania—. ¿Qué significa esa otra señal?

Randy Boothe respondió.

Con voz apenas audible.

—Significa que alguien se está llevando nuestro «Fathom».

* * *

Corrieron a través del bosque.

Los indígenas no comprendieron aquella súbita salida, no obstante dos de ellos fueron tras los pasos de los visitantes. Por indicación del jefe del poblado. Para servirles de escolta y guía.

—¡Por aquí, Sergio!

—¡No, maldita sea!… Estás equivocado, Randy. ¡Este es el camino! ¡Por la izquierda!

Se habían detenido en un pequeño claro del bosque. Los incontables árboles y espesa vegetación les habían desorientado.

—Creo que Sergio está en lo cierto —jadeó Janis, con entrecortada respiración—. Es hacia la izquierda. Recuerdo que…

—Ahí llegan nuestros guías —rio Kropotkin, señalando a los dos indígenas que aparecieron por entre los árboles—. ¿Por qué no les preguntamos a ellos? ¡Eh, amigos!, ¿por dónde se llega hasta nuestro «Fathom»?

Los dos indígenas no se detuvieron.

Continuaron su carrera. En rápidas zancadas. Apartando con las

lanzas los arbustos. Sin acusar cansancio alguno.

Kropotkin quedó con la boca entreabierta.

—Te han comprendido, Sergio —sonrió Boothe—. Ellos siguen hasta el lugar de nuestro encuentro. Son los dos individuos que nos sirvieron de guía. ¡No les perdamos de vista!

Fueron tras ellos.

A las pocas yardas ya identificaron el terreno.

—¡Fue por aquí! Lo recuerdo perfectamente —dijo Tania—. ¡Al final del sendero encontramos el montículo!

En efecto.

Pronto divisaron el montículo donde vieron aparecer el unicornio. Casi finalizado el bosque. En los últimos árboles.

Los dos indígenas se habían detenido en la pequeña planicie.

Sí.

Era allí donde, dada la dificultad del racimo de árboles, decidieron dejar el «Fathom».

Sólo que ahora no había rastro del vehículo.

Había desaparecido.

Los tripulantes del *Far-Out* contemplaron estupefactos el lugar. Incrédulos. Intercambiando perplejas miradas.

—No hay duda. Fue aquí —afirmó Sergio Kropotkin—. Incluso pueden apreciarse algunas huellas del vehículo.

—Tal vez no funcionara el sistema de seguridad —murmuró Janis.

Kropotkin profirió una soez maldición.

—De acuerdo. Admitamos esa hipótesis. Supongamos que alguien se aproximó y no fue electrocutado. ¿Podemos imaginar a unos de esos salvajes conduciendo un «Fathom»?

Los indígenas parecían asustados.

Mantenían los ojos fijos en el cielo.

Randy Boothe se percató de las angustiosas y aterradas miradas de los dos individuos. Como si temieran una lluvia de fuego.

—Algo inquieta a nuestros amigos…

—Apuesto que saben algo de nuestro «Fathom» —masculló Kropotkin—. ¡Eh, bastardos! ¡El «Fathom»! ¿Dónde está? ¿Dónde está el auto?

Sergio Kropotkin señaló una y otra vez hacia el lugar donde quedó estacionado el vehículo.

Y los dos indígenas respondieron al unísono. Vociferando extrañas

palabras. Con el rostro desencajado por el miedo. Alzando sus miradas al cielo y levantando sus lanzas.

—¡El diablo os confunda!

Boothe sonrió.

—Tranquilo, Sergio. Sospecho que tratan de decirnos que un artefacto volador se llevó nuestro vehículo.

—¿Un artefacto volador?

—Nuestra cosmonave. De seguro vieron nuestra astronave tomar tierra. Luego aparecimos nosotros en el «Fathom». Ellos recuerdan la astronave y creen que…

Unos alucinantes gritos ahogaron la voz de Boothe.

Desgarradores gritos de los indígenas que emprendieron veloz huida hacia el bosque.

—¡Mirad!

La exclamación de Janis no fue necesaria.

Todos se habían percatado de la esfera que surgió en el cielo. Un globo de cegador resplandor lumínico. Quedó flotando en el aire. Llameante. Como un diminuto sol.

Randy Boothe fue el primero en reaccionar.

Tiró del rifle desprendiéndolo de la correa soporte.

—No era nuestra cosmonave. No era nuestra astronave lo que aterrorizaba a tos indígenas, sino esto…

De la lumínica esfera brotó un rayo de iridiscente fulgor. En estridente zigzag. Como la descarga de un serpenteante rayo destructor. Un látigo de fuego que se abatió sobre los horrorizados indígenas. Cuando ya estaban próximos a ocultarse en la espesura del bosque.

No lograron llegar.

Aquel rayo les alcanzó de lleno.

Los individuos se agitaron presa de violentos espasmos. Cercados por una aureola de fuego. Fue todo en fracción de segundo. Los dos cuerpos quedaron carbonizados. Convertidos en cenizas. Desintegrados por aquel apocalíptico y mortífero rayo.

CAPÍTULO IX

Primero fue el sonido.

Cuatro extrañas detonaciones. Fue como un burbujear. Como el crepitar de un gigantesco lago en ebullición. Un sonido procedente de la siniestra esfera lumínica flotante.

Sergio Kropotkin estaba disparando su rifle. Primeramente, y en su

precipitación, no reparó que el segmentado cañón estaba en su potencia de mínima destrucción. Quiso rectificar, pero ya era demasiado tarde.

También para Randy Boothe.

Este, después de contemplar el alucinante final de los dos infortunados indígenas, sí manipuló con rapidez en el rifle multifuego facultándole para el lanzamiento de granadas explosivas; aunque no tuvo ocasión de accionar el disparador.

—¡Atrás, Tania! ¡Y tú, Janis! ¡Corred hacia el bosque!

La advertencia de Boothe llegaba también demasiado tarde.

Aquel extraño borbotear de la esfera cesó al ser lanzados cuatro gelatinosos proyectiles. Como cuatro arpones en forma de ventosas. Cada uno de ellos en diferente dirección.

Teledirigidos.

El primero en ser alcanzado, por estar más próximo a la esfera, fue Randy Boothe. Después Sergio Kropotkin. Tania y Janis, que corrían despavoridas hacia los árboles, también acusaron el impacto de aquella mucílaga ventosa.

Un proyectil gelatinoso, que al chocar, se hinchó como un globo. Envolviendo en su interior a Randy Boothe. Encerrándole en una esfera de nívea transparencia.

Al igual ocurrió con Kropotkin, Tania y Janis.

Los cuatro encerrados en esferas flotantes.

Habitáculos circulares que parecían unidos por un invisible hilo a la esfera lumínica. Esta perdió su inmovilidad. Empezó a subir al cielo. A vertiginosa velocidad. Y tras ella, a poca distancia, los cuatro globos circulares.

Una cegadora cometa rasgando el cielo del atardecer.

Sergio Kropotkin, desesperado, trató de salir de su encierro. Romper aquella celda circular voladora. Con la culata del rifle golpeó una y otra vez la albeada pared de la esfera gelatinosa. A cada impacto era rebotado. Como si golpeara contra una superficie de extrema plasticidad.

Randy Boothe, en su fantástico viaje en la esfera volante, no intentó nada. Permaneció inmóvil. Acomodado en aquel globo flotante. No imitó a Kropotkin. De romper la esfera, la caída hubiera resultado mortal.

Janis y Tania golpeaban con los puños las paredes.

Dominadas por el miedo.

Fue un viaje a velocidad de vértigo. Atravesando valles y montañas.

Dejando atrás caudalosos ríos.

Hasta descubrir la ciudad.

Una visión que hizo desfigurar el rostro de Randy Boothe en marcada mueca de estupor.

Una gigantesca ciudad protegida por ciclópea cúpula. Una inconmensurable bóveda de cristal encerrando altos edificios unidos entre sí por túneles y plataformas. Una impresionante e irreal ciudad emplazada en extensa oquedad. Era como si brotara de un inmenso cráter.

La esfera lumínica no aminoró su velocidad al dirigirse hacia la gran cúpula. Tampoco los cuatro globos que parecían servirle de cola. En la bóveda se abrió un boquete. Una compuerta hasta entonces invisible. Fue como un aspirador. Un túnel de absorción. La esfera luminosa penetró en él. Seguida de los cuatro habitáculos circulares.

La oscuridad envolvió a Randy Boothe.

Y al instante experimentó una súbita sensación de asfixia. Una falta total de respiración. Se llevó las manos a la garganta. Boqueando una y otra vez, con el rostro congestionado.

Fue cuestión de segundos.

La oscuridad se hizo más tenebrosa ante los ojos de Boothe. Cayó de rodillas. Instantes después perdía el conocimiento.

Una hora.

Un día.

Una semana…

Randy Boothe despertó ignorando el tiempo transcurrido desde que quedara sin sentido. Ya no estaba en la esfera móvil. Ya no le envolvía la oscuridad.

Todo lo contrario.

Se encontraba en una estancia dotada de paneles de electroluminiscencia. Una sala reducida. Carente de mobiliario.

Randy Boothe yacía sobre una especie de camilla. Los tobillos y muñecas sujetados por extraños brazaletes luminosos. Y acoplado en la cabeza un casquete dotado de multicolores filamentos.

Pugnó por zafarse de aquellos brazaletes que le inmovilizaban.

Agitó la cabeza.

Sí logró desprenderse del casquete. Este permaneció unido por cables a un aparato electrónico con micro-pantalla donde se veía un gráfico sobre bandas magnéticas.

Boothe tragó saliva.

Sospechando que mediante aquel extraño aparato habían estado manipulando su cerebro.

Súbitamente se abrieron los brazaletes. Manos y pies quedaron libres. Randy Boothe, en un alarde de reflejos, saltó con rapidez de la camilla. Como si temiera ver cerrar de nuevo las anillas.

Llevaba todavía su vestimenta de exploración, aunque había sido despojado de todo el equipo de cartucheras. Sí mantenía en la muñeca izquierda la barra del electrocrono.

Casi veinte horas.

Veinte horas desde que abandonaron el *Far-Out*. Veinte horas a descontar del plazo fijado para el regreso. Eran unas diez horas las que llevaba encerrado allí. Contando desde el momento de su captura.

Se abrió una puerta de guillotina.

No apareció nadie.

Sólo la pequeña cabina de un tubo-elevador. En espera de que alguien acudiera hacia allí.

Y Randy Boothe lo hizo.

Apenas pisar la plancha, el tubo-elevador inició su recorrido. Primero fue por túneles horizontales subterráneos. Luego ascendentes. El último tramo del recorrido fue por una galería exterior de cristal. Pasando de un bloque a otro. Sobre una ancha pista de vehículos rodantes.

El tubo-elevador finalizó el conducto deteniendo la marcha. Se abrió una puerta de doble hoja.

Randy Boothe parpadeó.

Inmóvil en el interior de la cabina.

—Por favor, adelante. No te quedes ahí.

El estupor se acentuó en Boothe.

Contempló a la mujer. Reclinada sobre una especie de sofá de forma lenticular. Apoyada la espalda en una semicircular almohada. Una mujer de piel blanquecina.

Casi lechosa. Macrocéfala. Ojos de pupilas iridiscentes. Senos voluminosos protegidos por varios aros dorados. Diferentes abrazaderas que circundaban los senos dejando al descubierto el grueso pezón. El vientre al desnudo. Un vientre abultado y fláccido. La falda en tejido plateado con cortes a ambos lados.

—¿Me tienes miedo?

Boothe reaccionó.

Abandonando el tubo-elevador y adentrándose en la estancia.

Su estupor estaba motivado por la voz de la mujer. Comprendía sus palabras. Aquellas extrañas palabras resultaban comprensibles para Boothe. Conocía el idioma. Y podía responder en su misma lengua.

—Estoy… estoy sorprendido.

—¿Por poder hablar como yo? —rio la mujer, olfateando el contenido de un pequeño recipiente—. Tiene una fácil explicación. Te hemos sometido a un tratamiento de ondas mentales. Inteligencia artificial. Ahora conoces nuestro idioma Podemos comunicarnos. ¿Cuál es tu nombre?

—UEPA-003… —Randy Boothe se interrumpió. Sacudió la cabeza forzando una sonrisa. Añadió—: Mi nombre es Randy.

—Yo soy Zoola, reina de Xahters.

—¿Xahters? ¿Ese es el nombre de vuestro planeta?

La mujer rio en estridente carcajada. Echando hacia atrás su voluminosa cabeza.

—Algunas palabras son desconocidas para nosotros, Randy; pero yo también he adquirido conocimientos mediante el estudio del equipo encontrado en vuestro vehículo. Los detectores, el radar, grabadoras… También mis científicos están investigando en tu astronave. Se muestran muy interesados en vuestro artefacto volador, pero no temas. No forzarán la entrada a la cosmonave. Se lo he prohibido. El nombre de mi planeta es, en efecto, Xahters. Al igual que la ciudad. No existe otra.

Boothe arqueó las cejas.

—¿Que no…? ¿Quieres decir que no hay otra ciudad en todo el planeta?

—No. Somos nosotros, los habitantes de Xahters, los únicos moradores.

—He estado en un poblado. Habitado por cientos de…

—¡Oh, sí! —rio nuevamente la mujer—. Los trongs. Son bestias, Randy. Animales sin inteligencia alguna. No podemos catalogarlos como seres humanos. Será ridículo. Son salvajes que adoran al sol, a los árboles, a las aguas del río… Comen carne y se alimentan de hierbas y nauseabundos frutos.

El estupor volvió a apoderarse de Boothe.

Permaneció en silencio.

Su mutismo hizo parpadear a la mujer.

—¿Ocurre algo, Randy? Siéntate a mi lado. Ven… Eres un hombre muy hermoso. Diferente a nosotros. Lo único desagradable es el color de tu piel. Demasiado intenso. En tu planeta de procedencia no os inquieta el ocultaros del sol, ¿me equivoco? —la reina Zoola no esperó respuesta. Añadió con amplia sonrisa—: Nuestra ciudad es un paraíso, Randy. Protegida de todo lo exterior. Acondicionada a nosotros. Nada necesitamos y todo está a nuestro alcance. Fabricamos alimentos acorde con nuestros gustos más refinados, máquinas que proporcionan placer, afrodisiacos… El trabajo duro y desagradable es encomendado a los obreros-robots o reclutamos algunos de los salvajes trongs. Trabajan hasta morir y luego son reemplazados por otros. En trabajos peligrosos es mejor perder un trong que correr el riesgo de avería en un obrero-robot. Hace años eran muchos los trongs que poblaban Xahters. En montañas, en cuevas… Los hemos ido exterminando poco a poco. Actualmente sólo quedan los de ese pequeño poblado lejano. Pronto terminaremos también con ellos. Son bestias repugnantes.

—¿Cuántos son tus súbditos, Zoola?

—Alrededor de los cien mil —sonrió orgullosa la mujer—. Cien mil habitantes felices de Xahters. Hemos alcanzado un nivel de inteligencia y tecnología difícilmente superable. No adoramos dios alguno. Nosotros somos dioses. Cada uno de los habitantes de la ciudad realiza una misión cualificada; pero nuestra principal ocupación es el hedonismo. Sí, Randy. Hedonismo. Disfrutar de tos placeres al máximo. ¿Es así en tu planeta?

Boothe hizo una mueca.

—No del todo, pero sí encuentro algún parecido. Para que unos disfruten al máximo es necesario que otros sufran lo indecible.

Zoola rio divertida.

—No te comprendo, pero poco importa. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué viajar más allá del cielo de vuestro planeta?

—Curiosidad. En la Tierra, mi planeta, somos muy curiosos. Ya no nos queda nada por investigar y decidimos echar una mirada por el espacio. Explorar otros planetas. ¿No os ha inquietado eso a vosotros?

La mujer volvió a reír.

—¿Otros planetas? ¿Para qué? ¿Acaso puede existir algo mejor que Xahters? No, Randy. Somos muy felices aquí. No hay rencillas entre nosotros. No hay envidias ni ambiciones. Todos, absolutamente todos, tenemos cuanto nos apetece. Sin limitaciones.

—¿Qué será de nosotros?

—Lo decidirá el Gran Consejo. Puro trámite, Randy. Nada debes temer. Yo, la reina, te lo garantizo. Nos congratula el haber sido visitados por seres inteligentes. Detectamos la astronave y de inmediato se envió un equipo de seguridad. Trasladamos vuestro vehículo rodante en una de las esfera-móvil; pero con la cosmonave era ya más complicado. No sois prisioneros, sino invitados.

—Si tus científicos desean investigar en la cosmonave yo puedo acompañarles y responder a sus preguntas.

—No lo dudo, Randy. De ahí que haya dado orden de no causar daño alguno a vuestro vehículo espacial. Es vuestro medio de regresar a la Tierra. Todo está intacto.

—¿Dónde están mis compañeros?

—¿Quieres reunirte con ellos?

—Me gustaría saber cómo se encuentran.

—Perfectamente. Visitando la ciudad. Una de tus compañeras conversa con el rey de Xahters. Esta noche celebraremos una gran fiesta en vuestro honor. Una fastuosa fiesta que os asombrará. Os mostraremos un mundo de placeres jamás soñados por vosotros. Todos los sentidos complacidos al máximo. Dedica el día a deambular por la ciudad. Con total libertad. Todos mis súbditos a vuestro servicio.

—Gracias, Zoola.

—Tú serás mi invitado especial para la gran fiesta de la noche, Randy —dijo la mujer con gutural voz. Acentuando el brillo de sus iridiscentes ojos—. Yo te conduciré hasta la cima de los más desenfrenados placeres. Los alcanzaremos juntos.

La reina Zoola volvió a aspirar en el pequeño recipiente. Echó hacia atrás su voluminosa cabeza. Riendo en desaforada carcajada.

Randy Boothe fue incapaz de comentario alguno.

CAPÍTULO X

La besó en los ojos, en las mejillas, en los labios…

—Deja de temblar, Tania.

—Dios mío. Son… son monstruos.

—En efecto, resultan un poco desagradables. Macrocéfalos. Piel lechosa. Ojos dementes…

—¡Oh, Randy! ¿Cómo puedes bromear en un momento así? No me refiero a monstruos físicamente. Son gente depravada, carente de todo sentimiento. He conversado con varios de ellos. Viven exclusivamente para satisfacer sus instintos bajos. Esa es su única ambición.

—Estoy al corriente. No olvides que he sido informado por la mismísima reina de Xahters.

—Y el rey está con Janis —añadió Tania—. Me crucé con ellos. Aún no he visto a Sergio. Pregunté por él y me respondieron que estaba con unos científicos.

Randy Boothe se había aproximado a una vitrina donde se alineaban recipientes con verdosos líquidos y bandejas con alimentos.

Hizo una mueca.

—Mejor no probar nada. Apuesto que todo está condimentado con afrodisíacos. La reina pareció drogarse con el contenido de un pequeño frasco.

—No es la única. Esas pupilas brillantes que destacan en todos los habitantes son muy significativas. El placer al servicio del cuerpo. En su más variada y degradante expresión. Pueden permitirse el lujo, Randy. Tienen el organismo ya adaptado a estos excesos. He platicado con la doctora que me sometió al tratamiento de ondas mentales. El promedio de vida aquí es superior a los doscientos años. Su avanzada medicina les impide una vejez prematura. Doscientos años muy similares a los

nuestros en duración. Aquí, en el planeta, el día y la noche es muy semejante al de la Tierra; pero en la ciudad… Esa gigantesca cúpula les permite disfrutar de un día eterno. Detestan el contacto con la naturaleza. Odian a los animales vivientes. Desprecian y exterminan a los trongs…

—Una inteligencia superior al servicio del placer.

—Sí, Randy; pero también son crueles. Esta noche, en la fiesta programada en nuestro honor, piensan organizar las más espeluznantes orgías. Y entre les espectáculos a celebrar figura la lucha a muerte de un grupo de trongs. Combatirán entre sí hasta el exterminio más sangriento. Y el vencedor devorará a sus contrarios. Los trongs son pacíficos, pero antes del combate les inyectaran una sustancia que les convertirá en fieras ávidas de sangre y muerte. ¡Como gladiadores en un circo de la antigua Roma!

—Tranquila, Tania. No estaremos aquí para presenciarlo.

—¿Qué quieres decir?

Boothe y la joven estaban muy próximos.

Hablando con apagada voz.

Una voz que en Randy Boothe se hizo apenas audible. Como si temiera que alguien les escuchara.

—No es prudente hablar aquí, Tanía. Espera a…

Se encontraban en una amplia y confortable estancia. De columnas helicoidales. Junto con el mobiliario destacaban paneles y *computers* de difícil interpretación. El material de construcción, extraordinariamente flexible, facilitaba las superficies curvas. En una de aquellas abovedadas paredes se abrió la compuerta.

Apareció Sergio Kropotkin.

Sonriente.

—¡Infiernos, Randy! ¿Qué haces aquí encerrado? ¡Tenemos ante nosotros la más maravillosa de las ciudades! Un paraíso irreal, muchacho. Máquinas, *computers*, ordenadores, robots… Todo automatizado. Los trabajos ligeramente molestos son destinados a esos curiosos obrero-robots. El habitante de la ciudad dedicado a incrementar barriga. Existe un Centro de Investigación del placer. ¡Sí, condenación! Se estudia para la creación de nuevos y voluptuosos placeres.

—Realmente fascinante.

Kropotkin amplió la sonrisa.

Captando el sarcasmo de su compañero.

—Sabía que te entusiasmaría. Janis nos espera en la piscina de néctar. Ya ha terminado su larga plática con el rey. Un poco cabezón, pero un gran fulano. Tú has tenido el gran honor de conversar con la reina, ¿verdad, Randy? Te envidio. Aseguran que es una mujer de extraordinaria belleza.

Ahora la ironía estaba en los labios de Kropotkin.

Randy Boothe no se dignó responder.

Sí lo hizo Tania.

—Estás muy eufórico, Sergio.

—¿Y por qué no? Somos invitados en una maravillosa ciudad, Tania. ¡Venid! Janis nos espera.

Kropotkin avanzó hacia la puerta.

La doble hoja se abrió automáticamente.

Boothe y Tania se decidieron por seguir a su compañero. Fue Sergio Kropotkin quien les guio por una pista deslizante. Sin salir del bloque. Hasta llegar a una sala de forma ovoide. Allí se emplazaba una sinuosa piscina repleta de agua en suave remolino. De un color ambarino que despedía extraño perfume.

Janis se encontraba en una de las galerías exteriores.

Y Randy Boothe agrandó los ojos.

También Tania parpadeó asombrada.

Janis no llevaba su vestimenta de exploración. Lucía un dos piezas. Una especie de peto y falda. El peto formado por gruesos anillos alrededor de los senos. Hasta ocultarlos por completo. Y sobre el saliente pezón un brillante de considerable tamaño. La falda confeccionada con discos de oro. Enlazados entre sí por remaches de diamantes.

Janis sonrió.

—¿Os gusta mi modelito?

—Es… es fantástico —murmuró Tania.

—Todo oro macizo. Oro y diamantes —dijo Janis—. Oro y brillantes que aquí carecen de valor. Lo utilizan únicamente como adornos y confección de vestidos. El oro abunda por todo el planeta. Me he informado de ello.

—También yo tengo valiosa información —intervino Sergio Kropotkin, lanzando miradas a izquierda y derecha—. Deduzco que aquí, en la galería exterior, podemos hablar; aunque sospecho que no somos vigilados. Incluso es posible que ellos no conozcan nuestro idioma. Que se hayan limitado a suministrarnos el de ellos. En la ciudad

no hay un sistema de seguridad o control. No hay delincuencia ni altercados. Nadie está aquí descontento. Todos tienen cuanto desean. No obstante es mejor mostrarse prudentes. Aquí podemos hablar sin temor a un oculto sistema de video-audio. ¿Qué opinión te merece la ciudad, Randy?

—Apenas he salido del edificio.

Kropotkin sonrió.

—Yo sí he realizado un amplio y provechoso recorrido. Con uno de los científicos. Un individuo muy locuaz. Juntos hemos sobrevolado la ciudad. Bajo esta ciclópea cúpula. En una especie de helicóptero biplaza. No es una ciudad muy grande, Randy. Alrededor de los cien mil habitantes—. Mi cicerone, a la vez que me formulaba preguntas sobre la Tierra, También me ha informado. Y me llevó a lo que ellos denominan *Control Genitor*. ¡Infiernos, muchacho! Aquello es fantástico. Allí estaba el… alimentador de la ciudad. Celdas de combustible, termoelectricidad, generadores termiónicos, rayos láser, máser… ¡Lo ignoro! Una cosa sí es cierta. Algo que resulta incongruente. Se puede volar la ciudad. Se puede destruir Xahters como si fuera un frágil castillo de naipes.

Boothe entornó los ojos.

Fijos en Kropotkin.

—¿Qué quieres decir, Sergio?

—Un par de simples granadas explosivas, Randy. Eso sería más que suficiente para provocar la más espeluznante de las explosiones en cadena. Sé dónde instalarlas: en los dos conductos de *Control Genitor*. En el de entrada y en el de salida. Todo volaría por los aires. Toda la ciudad y su gigantesca cúpula.

—Estás loco.

—¡Maldita sea, Randy! ¡Sé lo que me digo!

—Es cierto —dijo Janis—. Yo he sonsacado hábilmente al rey de Xahters. Toda la ciudad está supeditada a ese *Control Genitor*. No hay temor alguno de fallo o error. El alto grado de tecnología alcanzado lo hace imposible. Las averías se auto reparan. Los fallos se detectan con antelación. Todo está previsto… menos un sabotaje.

—¡Correcto! ¿Cómo iban a pensar en un atentado al *Control Genitor*? —intervino de nuevo Kropotkin—. ¿Un sabotaje de quién? ¿De los salvajes trongs? ¡Es nuestra oportunidad, Randy! ¡Volar la ciudad! ¡Destruirla por completo! Lo he calculado. Será una destrucción total. Ni una sola piedra quedará en pie. Ni un solo superviviente.

Tania palideció.

Horrorizada por las palabras de Kropotkin.

—Pero, ¿por qué vamos a destruir la ciudad? ¿Acaso intentan ellos algo contra nosotros? ¿Corremos peligro?

—No seas estúpida, Tania. Vamos a regresar a la Tierra. Portadores de nuestro gran descubrimiento. Un planeta gemelo al nuestro. Y desde la Tierra comenzarán las primeras expediciones. ¿Imaginas la reacción de Xahters? ¿Recibirnos con los brazos abiertos como ahora? Ellos no sospechan nuestra misión. Disponen de armas que pueden resultar destructoras para nosotros. Ya lo hemos presenciado cuando aniquilaron a los dos salvajes. Rayos desintegradores, artefactos cósmicos con facultad para desplazar las moléculas de materia, rayos magnético-tractor, atomizadores… Todo ello visto con mis propios ojos. Armas que pueden rechazar con éxito todo intento de conquista. Las primeras astronaves procedentes de la Tierra no pueden llegar repletas de material bélico. Deben encontrar un planeta que no ofrezca resistencia. Imaginemos la ciudad, la única ciudad existente, destruida. ¿Qué queda? Sólo un grupo de salvajes armados con lanzas… Incluso podemos aniquilarlos con el simple lanzamiento de unas granadas.

—No permitiré semejante cosa, Sergio.

—¿Qué te ocurre, Randy? ¿Simpatizas con los salvajes? Está bien. Dejemos a los trongs. Jamás pueden llegar a preocupamos, pero sí es necesario destruir la ciudad. Y para ello necesito tu ayuda. Colocaré las granadas explosivas en los conductos de entrada y salida del *Control Genitor*. Yo me encargaré de ello. Tú te limitarás a entretener al individuo que…

—No cuentes conmigo.

Kropotkin quedó con la boca abierta.

Perplejo.

—¿Que no…?

—No, Sergio. No me agradan estos repulsivos habitantes de Xahters, pero tampoco quiero participar en su exterminio.

—¿Hablas… hablas en serio? ¡Recapacita, Randy! ¡Imagina en regreso a la Tierra! No sólo hemos descubierto un planeta habitable para el hombre, sino que hemos facilitado su conquista. Tu gobierno, el mío… Ya nos prometieron elevados privilegios si regresábamos con éxito. Cuando conozcan nuestra hazaña, la recompensa sería…

—No lo haré.

El rostro de Kropotkin se crispó.

Desvió la mirada hacia Tania.

La muchacha respondió antes de ser interrogada.

—Tampoco yo pienso ayudarte, Sergio. Y me horroriza pensar que puedas llevar a cabo semejante acción.

—¡Solo no puedo hacerlo! —gritó Kropotkin, furioso—. Tengo que desplazarme de uno a otro conducto y… ¡Maldita sea! No tengas miedo, Tania. Todo saldrá bien. Tenemos libre acceso a nuestro «Fathom», a nuestro equipo de cartucheras…

—No es miedo lo que siento.

—Yo te ayudaré, Sergio —dijo Janis.

Kropotkin quedó perplejo, aunque de inmediato reaccionó con amplia sonrisa.

—¡Bien! Discúlpame, Janis. Te había descartado de antemano, pero has resultado ser la más inteligente. Tú y yo. En nuestro regreso triunfal a la Tierra seremos generosamente recompensados. Hablaremos de nuestra hazaña… y de la negativa de los cobardes.

Randy Boothe sonrió despectivo.

—Me consta que tanto URSS como EE.UU, son muy generosos con quienes les sirven bien. Os espera un prometedor futuro. Riquezas, honores, privilegios… Sólo que no os envidio en absoluto. Todo lo contrario. Siento una profunda compasión.

—¡Al diablo contigo! —exclamó el ruso, posando las manos sobre los desnudos hombros de Janis—. Escucha con atención, Janis. Vamos a ir junto al *Control Genitor*. Yo llevaré cuatro granadas explosivas. Antes debemos tener preparada nuestra salida. Las granadas detonarán mediante un mecanismo de tiempo.

—No quiero desprenderme de este vestido, Sergio. Es de oro macizo y…

—Tranquila, Janis —interrumpió Kropotkin, sonriente—. Lo llevarás contigo. Tres horas. Ese es el tiempo máximo de la operación. También el vuestro, Randy. ¿Puedes al menos hacerte cargo del «Fathom»? Largaros en el vehículo, ¿de acuerdo?

—Pensaba hacerlo ahora mismo —replicó Boothe.

Sergio Kropotkin rio ahora en burlona carcajada.

—Ratas cobardes. ¡Corred, corred!, Janis y yo haremos el trabajo.

Randy Boothe y Tania no respondieron.

Estaban demasiado aturdidos para hacerlo.

CAPÍTULO XI

Ninguna oposición.

Todo lo contrario.

Desde una de las fabulosas estaciones de lanzamiento fueron introducidos en un artefacto volador teledirigido. Un aparato deltoide sin mando alguno. Un planeador que semejaba un águila con las alas extendidas. En el interior del aparato se acopló también el «Fat-hom».

Randy Boothe y Tania habían recuperado su equipo cartucheras. Incluido el rifle multifuego.

Los habitantes de Xahters pecaban de ingenuos o bien se consideraban extraordinariamente superiores.

Randy Boothe hizo transmitir un mensaje a la reina notificando la breve ausencia. Regresarían para la gran fiesta de la noche. Sólo se desplazaba hasta la cosmonave para llevar el «Fathom» y comprobar que todo estaba en orden.

No.

Ningún impedimento.

El planeador teledirigido fue proyectado por el túnel de lanzamiento de la estación. Fue como si perforara la gigantesca cúpula que envolvía la fantástica ciudad.

Surcando el cielo a gran velocidad. Con un programa de vuelo ya fijado.

La larga distancia que separaba la ciudad de la cosmonave fue recorrida con rapidez. El planeador se posó suavemente sobre una planicie. Como una hoja cayendo de un árbol. Sin la menor brusquedad.

Automáticamente se abrieron las compuertas de cabina y carga.

Lo primero que divisaron los ojos de Tania fue la astronave. El *Far-Out*. Gigantesco. Sobrecogedor. Dominando el terreno. A unas

trescientas yardas de distancia.

Randy Boothe se situó frente a la barra-volante del «Fathom» para sacarlo del planeador.

Tania se acomodó a su lado.

—¿Qué es ese sonido, Randy?

—Una palanca del planeador —respondió Boothe, iniciando la marcha del «Fathom»—. Para regresar a la ciudad sólo tenemos que bajar esa palanca. Automáticamente nos llevaría de nuevo a la ciudad de los mil y un placeres.

—Y pensar que…

—No pienses en ello, Tania.

El «Fathom» recorrió las trescientas yardas que le separaban de la cosmonave. Boothe y Tania descendieron del vehículo.

—Todo parece en orden. Voy a echar un vistazo por dentro.

Tania no respondió. Mantenía la mirada fija en las majestuosas montañas que se elevaban junto al horizonte. Con el sol en lo alto, Un sol que proyectaba cálidos y luminosos rayos.

Retomó Boothe.

—Todo perfecto, Tania.

—Treinta y dos horas —murmuró la muchacha, contemplando la barra del electrocrono—. Ya sólo nos quedan poco más de quince horas.

Randy Boothe quedó en silencio. Con los ojos fijos en un diminuto punto aparecido en el cielo. Una de las cartucheras de Boothe, donde se acoplaba un transistor, comenzó a teclear.

—Allí llegan. Transmiten señales en Clave-AZ.

—Eso significa…

—Sí, Tania. Han conseguido su objetivo —Boothe divisó ahora un planeador. Aproximándose veloz—. Puede que…

Una atronadora explosión ahogó la voz de Randy Boothe. El planeador, cuando ya casi se disponía a tomar tierra, se desintegró en el aire. En horrenda explosión. Al unísono con el planeador que había conducido a Boothe y Tania.

Los dos aparatos se desintegraron a un mismo tiempo.

Y la tierra pareció temblar. Fue percibido bajo los pies de Boothe y Tania. Como el inicio de un seísmo. Como si una fuerza destructora arañara en las entrañas del planeta.

Tania se abrazó a Randy Boothe.

—Dios mío… Ese… ese temblor…

—La destrucción de la ciudad —dijo Boothe, casi sin voz—. De la ciudad… y de nuestros compañeros. Calcularon mal el tiempo. O tal vez creyeron que, una vez fuera de la ciudad, estaban ya libres de peligro. Al destruir la ciudad, al explotar el *Control Genitor*, todo quedaba arrasado, todo destruido… Incluidos los planeadores teledirigidos.

Tania ocultó el rostro entre sus manos.

Sollozando.

El temblor había cesado. La tierra parecía haber recuperado la calma

Ahora eran Randy Boothe y Tañía quienes temblaban abrazados.

* * *

Randy Boothe mantenía la mirada fija en la micro-pantalla. Había lanzado un sonda transmisor hacia la ciudad. Y estaba recibiendo imágenes. Imágenes espeluznantes. Dantescas. Ya no existía la fantástica ciudad de Xahters. Sólo un cráter de fuego purificador que…

Boothe desconectó el aparato ante la llegada de Tania.

—¿Estabas viendo…?

—Sí, Tania. Y Sergio estaba en lo cierto. Nada ha quedado. Ni un solo superviviente. Ni una sola piedra sobre piedra. Los únicos habitantes del planeta son ahora esos trescientos pacíficos salvajes.

—Al menos ya no serán jamás importunados ni… conquistados.

—¿Lo has logrado?

Tania sintió.

Con leve sonrisa.

—Sí. Ya te advertí que era cuestión de tiempo. Conseguí alterar los registros de «Zeus». Regresaremos a la Tierra fracasados. No se descubrió planeta alguno habitable para el hombre. La astronave tomó tierra en un planeta que parecía idóneo, pero hemos detectado que el oxígeno de la atmósfera es muy pobre y el anhídrido carbónico se incrementa…

—Un planeta asfixiante. Descartado por completo.

Los ojos de Tania trazaron una semicircular mirada por el verde paisaje que se ofrecía ante ella. Las montañas, el valle, frondosos árboles…

—Sí…

—Hemos hecho bien, Tania. No sería justo que los terrícolas emponzoñáramos este planeta. Ya tenemos un estercolero. Un maravilloso planeta contaminado y putrefacto. Gobernado por tiranos y

dictadores.

—Falta ya menos de una hora, Randy.

Boothe respiró con fuerza.

Con la mirada fija en la abierta compuerta de la astronave.

Alargó el brazo derecho abarcando los hombros de Tania. Estaban bajo un árbol. Sobre una alfombra de hierba.

—Esperemos hasta el último momento, Tania. Recuerda que nuestro regreso a la Tierra será largo. De nuevo la hibernación y…

—Lo sé, Randy.

Quedaron en silencio.

Entrelazados.

Con la mirada fija en aquella compuerta.

Dejaron transcurrir el tiempo.

El electrocrono, tanto el de Boothe como el de la muchacha, comenzó a emitir un penetrante zumbido. Había sido programado para avisar tres minutos antes de la finalización del plazo. Tres minutos antes de las cuarenta y ocho horas.

Dos minutos.

Un minuto…

Randy y Tania se miraron a los ojos. Ninguno habló. Lentamente unieron sus labios. El inicio del beso coincidió con el cerrar de las compuertas de acceso al *Far-Out*.

EPÍLOGO

Tania se había soltado el pelo dejándolo caer sobre los hombros. De su vestimenta de exploración quedaba ya muy poco. Había confeccionado un corto pantalón. Nada más. Los juveniles senos al descubierto. También iba descalza. Corriendo, por la hierba. Riendo alborozada.

Al igual que Randy Boothe.

También él descalzo y con el torso desnudo. Sólo con el pantalón. Sin cartucheras. Ni tan siquiera el electrocrono.

Llegaron al montículo.

Y desde allí contemplaron cómo el «Fathom», a lo lejos, era ya pasto de las llamas. Con todo su contenido. Con todo el equipo de investigación. Con las cartucheras, con los rifles…

Tania volvió a reír alzando los ojos al cielo.

—¿Por dónde estará ya la cosmonave?

—Habíamos quedado en no volver a hablar de ello —rio Boothe, besando los labios femeninos—. Es un regalo para la Tierra. Y también una desilusión. En los complicados *computers* de «Zeus» sólo encontrarán resultados negativos. Ningún planeta habitable para el hombre. Condenados al estercolero llamado Tierra.

—Y llorarán hipócritamente por los cuatro valiosos tripulante que no lograron regresar con tiempo para penetrar en el *Far-Out*.

Volvieron a reír.

Unidos de la mano descendieron el montículo. Corriendo hacia el bosque. Poco más tarde encontraban el poblado de los trongs.

Ya no fueron recibidos con temor.

Tampoco con asustadas reverencias.

Hombres, mujeres y niños sonrieron tímidamente al paso de Boothe y Tania. Estos caminaban ahora con lentitud. Cogidos de la mano. Hacia

el centro del poblado.

Allí les esperaba el anciano de los canosos cabellos.

Y el anciano llevó su diestra al corazón para luego, con amplia sonrisa, extenderla hacia Randy Boothe y Tania.

Una sonrisa también se reflejó en Boothe y la joven. Los dos llevaron también su mano derecha al corazón. Compartiendo aquel gesto de paz y amor que estaban dispuestos a cumplir.

Jamás lo quebrantarían.

Paz y amor.

Dos armas que garantizaban la existencia del planeta por toda la eternidad.

FIN

PUNTO ROJO

intriga...

ROJO

PUNTO ROJO

misterio ...

ROJO

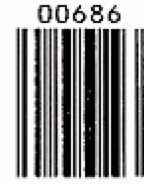
suspense...

ROJO

acción ...

ROJO





EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España